

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Möassy, el perro

Jorge Ángel Livraga



MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

PRÓLOGO

Anoche he sentido frío. A pesar de que los termómetros que registran la temperatura del aire acondicionado de mi habitación indicaban calor, he sentido frío... y una inquietud. No, no obedece a motivos psicológicos; yo tengo poco de psicópata, porque tengo poca psiquis. No; creo que es algo más importante... tal vez lo más importante: es que voy a morir. Mi seguro instinto me lo dice... Además, he vivido ya muchos años, demasiado para los de mi raza. He triplicado o cuadruplicado el período de mi vida normal, pero esto se acaba.

Esta extraña inquietud me lleva a querer beber agua, a caminar, a buscar en fotografías viejos rostros amigos, a observar mi propio cuerpo con inexplicable curiosidad; tal vez quiero despedirme de él. Sí, ahora estoy seguro; voy a morir. Y ya no puedo guardar más el terrible secreto de mi vida.

Me siento frente a una máquina de escribir; la pongo en el suelo para estar más cómodo. De alguna manera, vuelvo a ser niño.

¡Qué extraño! Mi respiración no es dificultosa; el aire penetra raudo en mis pulmones, pero, como si fuese viciado, no consigo asimilarlo y siento un creciente ahogo. Debo apurarme, debo escribir. Aunque me falta el tiempo, percibo que las horas se tornan más largas para mí y que podré llenar mi cometido. Al menos, trato de autoconvencerme de eso. Nadie podrá ayudarme. Al nacer y al morir estamos increíblemente solos. Sin embargo, no tengo miedo... y no sé por qué no tengo miedo. Los de mi raza, en mi situación, se ponen tristes y melancólicos; nada de eso me ocurre a mí. Si nada me espera después de la muerte, ¿a qué temer? Ya nada importa... o tal vez no. Si pudiese permanecer junto a la máquina y escribir, escribir..., pero me levanto a cada rato... como si buscase algo o tratase de escapar... ¿De qué?, ¿de quién? No lo sé.

Mi nombre es Möassy... perdón, doctor William Ferdinand Möassy.

Esta es la verdadera historia de mi vida. Es tan increíble que no pediré a nadie que la crea. Pero la verdad es siempre increíble; no hay nada más creíble que la mentira. Esta casilla de madera negra que me espera en el horizonte y que es mi muerte no me turba, pero me hace recordar que nací en otra, pintada de blanco, junto a centenarios pinos y a un panal nuevo, lleno de abejas doradas, beodas de miel y de la música de sus propias alas. Mi madre tenía un hermoso pelo rojo; mi padre... no lo sé; jamás conocí a mi padre. Tuve seis hermanos, todos muertos hace mucho, como mi madre, como las abejas.

Os contaré...

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

MI INFANCIA

Allá, en el fondo de mi tiempo, como fragmentos de un barco ya hundido, afloran y desaparecen los recuerdos de mi infancia. Veo un agua negra que los quiere cubrir; algunos, apenas entrevistos, se hunden para siempre. Otros reaparecen una y otra vez. Tengo que esforzarme, en esos breves intervalos en que son visibles, para retener algo de sus formas, colores, tamaños, naturalezas...

De la zona más oscura, extraigo la sensación de calor ante los rayos de un sol muy limpio, asomado, como el rostro de un niño travieso, entre dos picachos de montaña. Luego, pinos, muchos pinos, enormes, de los cuales tan solo memorizo las poderosas raíces hundiéndose en la tierra hacia el mundo misterioso de la oscuridad húmeda y profunda. Y allá, arriba, ese otro misterio de la altura, mezcla de azul, de dorado, de blanco.

Mientras mis hermanos jugueteaban por allí, yo me quedaba estático contemplando, ora un infinito, ora el otro. Y trataba de trepar por el camino adusto y viejo de las cortezas, hasta que caía exhausto; y cavaba en la tierra febrilmente, pero jamás se acababan ni la tierra ni las raíces. Mi única posibilidad, como la de tantos seres, era horizontal. Lo vertical, en uno y otro sentido, me estaba prohibido.

Entre las ramas caídas, las bellotas, los pálidos troncos de álamos, jugábamos mis hermanos y yo, siguiendo invisibles laberintos, perdiéndonos y reencontrándonos entre gemidos cortos y gritos de alegría, cortos también. Por instantes, me detenía y contemplaba las ramas caídas de la altura: venían del misterio de lo alto, pero, al entrar en mi dimensión horizontal, perdían sus hojas verdes y se ennegrecían. La tierra excavada se secaba al sol y empalidecía. Esos eran testigos muertos que ya poco o nada podían decirme de esos dos infinitos que me obsesionaban. Mi madre, empujándome suavemente, me impulsaba a correr de nuevo con mis hermanos. Descubrí muy temprano que el que se detiene a meditar aparece como enfermo a la vista de los demás. Por eso, luego, he meditado siempre a solas.

Siempre fui diferente; no sé si mejor, pero sí diferente a los demás. Apenas pude valerme por mí mismo, comencé a alejarme lo más posible de la caseta blanca que me había visto nacer, siguiendo el vuelo zigzagueante de las doradas abejas. Y luego, el miedo a la soledad y la confusión; tan solo sabía dónde estaba el misterio de arriba y el misterio de abajo; en esta tierra horizontal me he perdido siempre. Y regresaba trabajosamente a mi familia, a mi plato de comida, donde blanqueaban los huesos de otros seres que, como yo, habían vivido entre dos misterios. Cuando lo comprendí, me horroricé y no probé comida en varios días. Luego, el hambre pudo más que el horror y la piedad: ¡infausta profecía!

Pero llegó un día, un día que amaneció como tantos otros. Las nubes se desperezaban, estirando sus móviles brazos, levantándose de los altos valles encajo-

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

nados entre montañas. El sol estaba pálido; el aire, frío. Pero nada presagiaba para mí novedad de importancia. Así, después del lavado a que me sometía mi madre todas las mañanas, y del desayuno apurado entre los cuerpos palpitantes de mis hermanos, ansiosos por salir a jugar, me alejé de la caseta blanca –yo no lo sabía– para siempre.

Mi partida fue absurdamente simple. Corrí tras las abejas y ya no encontré cómo volver. Al principio, la desesperación hizo presa en mí y utilicé todos mis instintos para descubrir la senda del regreso, pero no la hallé. Os lo dije: en la tierra horizontal me he perdido siempre. Pero, cuando la juventud nos agita y la monotonía del hogar ha empezado a cansarnos, pronto se nos olvidan los pesares, y así proseguí en mis correrías y juegos, diciéndome para mí: “Ya veremos qué se hace después”.

La fulgurante mano del sol, después de haber bendecido al entero arco del cielo, se fue ocultando tras las serranías del horizonte, y las sombras, que durante el día habían caminado tímidamente arrimadas a los objetos, se empezaron a separar de ellos para iniciar su ciclo de carreras cada vez más rápidamente. Las estrellas se destacaron en el firmamento, que se había tornado violeta, y un viento frío, aullando como un lobo, bajó corriendo de las montañas.

Todavía hoy, tantos años después, recuerdo aquello, mi primera noche de soledad, con un estremecimiento... Después uno se acostumbra a la soledad, aunque sigue estremeciéndose. Es curioso: hay cierta parte en mí mismo que no teme a la soledad, y que incluso la goza. Imagino que ha de ser la que siempre está sola. Pero existen otras facetas que reflejan con matices oscuros la soledad, y esas temen tanto, que a veces con una parte del propio cuerpo apretamos y cogemos la otra, en una parodia de compañía. ¡Disímiles naturalezas que nos harían deducir disímiles destinos! Pero ya me he puesto a filosofar y yo os estaba contando mi infancia... Y la filosofía y la infancia no suelen marchar juntas.

Me acomodé como pude entre los múltiples pies de un árbol inmenso y me quedé dormido; no sé cuánto. Sentí tan solo, y a la vez, el calor del sol y unas manos que me alzaron hasta enfrentarme a un rostro ya anciano del cual pendía, como de vieja roca, una barba como la nieve. Gemí y cerré los ojos. Ya no estaba solo.

Poco después, un plato de comida y palabras que no comprendía, pero que instintivamente reconocía como afectuosas, me devolvieron la paz. Y también me señalaron que la caseta blanca donde había nacido, mi madre y mis juguetones hermanos, habían quedado atrás. Empezaba un nuevo ciclo de mi vida fantástica e increíble.

Se me agarrotaron los dedos en el teclado de la máquina, y dilato intencionadamente el iniciaros en mi secreto. Tan solo me alienta a seguir adelante la seguridad de que no me creeréis y la que tengo de que todo es cierto. Si yo fuese inteligente, hallaría la forma de expresarme, pero no lo soy ni lo fui nunca, y ahora me pesa, quizás por vez primera. Todo se amontona y se confunde, y hasta dudo de dar fin a este escrito. Pero... ¡valor! Debo seguir adelante. Os lo diré de una vez: yo, el hoy Dr. William Ferdinand

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Möassy, honrado tantas veces por diferentes países del globo, y que ocupé escaños universitarios y legislativos, soy... soy un perro.

Sí, reíd o asombraos, soy un perro. Un perro que tuvo pelaje rojo, un batiente rabo y una nariz humeante y tranquila. Es tan solo mi apariencia la que se ha transformado; pero yo soy un perro.

Ahora que sabéis mi secreto, seguiré tratando de explicaros mi transformación y cómo compensé mi falta de inteligencia con el poco uso que de la suya natural hacen los hombres.



MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Mi nuevo dueño era un anciano apacible, extremadamente sabio y bondadoso. Poseía una inmensa riqueza y algún viejo título nobiliario. Vivía solo, en una antigua mansión que elevaba un bosque de chimeneas en lo alto, asistido por un verdadero ejército de servidores y secretarios.

Después de una reparadora siesta, me dediqué a inspeccionar mi nuevo mundo. Había dormido sobre una espesa alfombra, frente a un fuego charlatán que contaba la historia de los gruesos troncos de los cuales surgía. Me rodeaban paredes por todas partes, aunque estaban muy lejos las unas de las otras. Ya no percibía, y sin embargo seguía intuyéndolos, los dos infinitos de cielo y tierra. Este era un mundo acogedor y seguro; era el refugio, en su más amplia y remarcada acepción.

Mi benefactor, pasándome una correa por el cuello, me sacó a pasear por los inmensos jardines; pero aquellas sensaciones infantiles se fueron borrando al calor de la seguridad de sentirme tan protegido. Un exceso de protección embota siempre nuestros sentidos sutiles; pero suele ser útil en cierto período de nuestra vida.

Luego, vinieron otros días, semanas, meses. Hoy, ante el acicate de mi próxima muerte, han vuelto los recuerdos de mi niñez, pero en que aquel entonces los había olvidado. Yo vivía tan solo para agradar a mi benefactor, y él había vertido sobre mí una inusitada atención. A veces me alzaba en sus brazos, a pesar de que mi tamaño ya era más que respetable, y, dejándome apoyado en las patas de atrás, me observaba con una mirada sarcástica y tristísima. Yo, instintivamente, sentía que un extraño pacto se estaba forjando entre los dos. Y le amaba como tan solo puede amar un perro. De día, andaba siempre a su lado, y de noche, soñaba que corríamos juntos por una pradera infinita, sobre un pasto verde esmeralda y bajo un cielo de lapislázuli, mientras millones de abejas doradas hacían su trabajo, llevando un polen invisible desde unas flores siempre lejanas hasta un panal que jamás alcanzaba a distinguirse claramente. En mis sueños veía a mi benefactor y despertaba dulcemente, pero con la sensación de que había algo importante en mis sueños que siempre olvidaba al despertar.

Mi benefactor me presentaba mi comida con sus propias manos y, más tarde, supe que no era la común de los perros, sino una complejísima mixtura de alimentos convencionales y otros de su invención. Mi desarrollo corporal era, en verdad, extraordinario; alzado sobre mis patas traseras, miraba a mi protector cara a cara, aunque de inmediato me revolvía tratando de rondar sus piernas, repartiendo lametazos entre sus dos manos finas y sarmentosas, adornadas con sendos anillos antiquísimos, en los que estaban engarzadas piedras de extraños y cambiantes reflejos. Yo temía un poco a esos anillos y hubiese deseado que no los usase. Pero jamás le vi sin ellos.

Con el tiempo, mis paseos al aire libre se restringieron a los que daba por un enorme invernadero de cristalería multicolor y, desde allí, sin que otros me viesen, me

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

llevaba a sus recámaras, en donde tan solo para la limpieza, y en nuestra ausencia, entraban los criados orientales que formaban su personal más íntimo.

Con reprimendas y premios me fue enseñando a entender algunas palabras simples; luego, me llevaba a su laboratorio donde, tras ponerme sobre la lengua una suerte de bastoncillo metálico de picante sabor, me obligaba a reproducir algunos sonidos desacostumbrados para mí. Uniendo esos sonidos empecé a formular palabras simples, aunque mi voz sonaba horrible. Acostado entre los discos de piedra, enormes, me mantenía quieto, por su mandato, varias horas al día. Cuando me levantaba, veía que mi pelaje rojo iba quedando allí, descolorido y arrubiado. Empecé a sentir frío, y gruesas mantas a la manera de gualdrapas fueron entonces mi abrigo y mi molestia.

Yo no sabía lo que se proponía mi benefactor, pero intuía que el trato que me daba era impropio de mi raza; algo misterioso y terrible, a lo cual temía, pero que, a la vez, anhelaba llevar a cabo. Si así me quería aquel hombre excepcional, así sería yo. Por lo demás, me dolía la inmensa tristeza que a veces reflejaba, y había percibido que, cuando ejecutaba correctamente mis ejercicios, esa tristeza desaparecía. Para mí era bastante premio. Su felicidad era la mía.

Con infinita paciencia fue enseñándome a mover los dedos de las patas bajo los extraños rayos rojos que emitían las lámparas de su laboratorio. Con el correr de los años, estos se afinaron, adquirieron movilidad extrema y, modelados por su voluntad, se asemejaron en todo a los humanos. Así modificó las demás partes de mi cuerpo, sometiéndome, incluso, a varias operaciones plásticas que me dejaron sin rabo... aunque aún siento que lo muevo cuando estoy alegre. Aprendí a sonreír y a no llorar todo lo que hubiese querido; me fui pareciendo cada vez más a los hombres. Pero esta transformación no acabó nunca de ser total; aunque aprendí a leer y a escribir, sigo sin entender muchas cosas, y otras, no pocas, me son imposibles de expresar claramente.

Mi sabio protector me inició en las ciencias y aun en ciertas artes, pero jamás en religión. Mucho más tarde estudié los textos religiosos de las principales formas de fe, modernas y antiguas; pero reconozco una vez más la sabiduría de aquel hombre, pues jamás pude comprender esos temas, y cada vez que traté de enarbolar mi fe, vino una lluvia de miedo y duda que aplastó mis banderas sobre sus bastos soportes.

Con el tiempo, me habitué a las ropas. Al principio, las usaba tan solo para cubrirme del frío, reemplazando las gualdrapas, que resbalaban de mi cuerpo al tomar la posición erguida. Poco a poco, de los simples cobertores pasé a más elaboradas vestimentas y aprendí a higienizarme a la manera humana.

Al cabo de unos diez años había tomado la apariencia de un humano de poco más de treinta años; mis ropas y maneras eran correctas y mi cultura general bastante amplia, dominando varios idiomas, aunque con dificultades. Pero no conocía el mundo exterior. Cuando estuve preparado, mi protector, ya muy anciano, me llevó a conocer la ciudad cercana, una pequeña población montañesa. Fue mi prueba de fuego; yo tenía terror a que descubrieran mi perruna naturaleza, y mis deficientes pronunciaciones hicieron que fuese tomado por extranjero o por excéntrico. Mi poderoso benefactor con-

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

siguió para mí, sin dificultad, documentación que me acreditaba como ciudadano de un país lejano y, simulando que era yo sobrino suyo, me dio su propio nombre, aunque no su apellido. Este lo tomó de un vocablo indio americano; me llamó Möassy.

Al iniciarse el invierno le vi decaer. Se acostaba muy temprano y no dejaba el lecho hasta el mediodía. Su paso se había hecho vacilante, y por su despacho circulaban constantemente abogados y personajes llevando y trayendo documentaciones. Más tarde supe que estaba transfiriendo su inmensa fortuna a mi nombre, aduciendo no tener familia.

Él era oriundo de un gran país en donde las luchas de clases y persecuciones le habían hecho emigrar. En un atentado había perdido a toda su familia. Para superar ese dolor se había refugiado varios años en un monasterio tibetano, hasta que al mismo monasterio llegaron también las oleadas rojas de la guerra, y fue destruido. El monasterio... y, en cierta forma, él mismo. Desde allí, desesperanzado, fue a refugiarse en la enorme residencia, rodeada de murallas como una fortaleza.

Durante muchos años trabajó en los sótanos inmensos, montando un complejo laboratorio secreto. A él llegaron muchos de los artefactos más modernos y costosos del mundo. Cuando me encontró a mí, me repetía, se había cumplido su deseo, pues, según él, me había llamado y aun me había hecho nacer para un solo fin predeterminado. Yo nunca entendí esto, y no termino de creerlo; pero le amé lo bastante como para que en su presencia, todo lo que me dijera me pareciera la verdad más absoluta e irrefutable... Además, jamás me preocupó mucho la verdad; hasta en eso me he parecido siempre a los hombres.

Ya no besaba sus manos, ahora casi paralíticas, siempre ornadas con los misteriosos anillos, pero me gustaba echarme a sus pies para oírle. Jamás me lo impidió, tal vez porque sabía cuán importante era eso para mí.

Una noche cálida y transparente, estando yo a su lado, sobre la gruesa alfombra que fue mi primera cama, acarició mi cabeza y me dijo:

–Möassy, mañana, cuando caiga el sol, moriré.

Me quedé tan azorado que mi silencio le permitió proseguir.

–Sí, ya no puedo sostenerme dentro de este mundo; debo abrirme paso hacia otros más amplios. Mi obra, que eres tú, está finalizada. Heredas todo lo mío, menos mi laboratorio, que volará dinamitado dentro de unas horas... y un secreto, que me llevo conmigo.

Por extraño que parezca, pasado el asombro, no me sentí triste. O no alcanzaba a comprender sus palabras, o ya esperaba ese desenlace desde tanto tiempo atrás que me pareció normal su aparición. Pero no me juzguéis mal; yo seguía amándolo con todas las fuerzas de mi ser, y si aceptaba la muerte sin intentar arrebatársela a su propio destino, era porque lo veía conforme con él mismo, y casi feliz. Él continuó:

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

–Möassy... yo regreso... tú te quedarás un poco más todavía en esta engañosa dimensión, plena de fantasía, de pasión, ignorancia y dolor. A ti, inocente criatura, pido que trates un día de perdonarme lo que hice contigo, pero con tu existencia probarás una serie de cosas...

– ¿Qué cosas? –le interrumpí.

–No, Möassy... Ya has aprendido todo lo que podías aprender de mí; ahora debes seguir solo... Aquí se acaban las palabras; nada más te diré, ni tampoco nos despediremos... Nos miraremos a los ojos, así como ahora, como cuando te reconocí, dormido y temblando de frío a los pies de aquel enorme árbol.

Nos miramos largamente; no hubo lágrimas ni otras palabras... Con un gemido dulce me acurruqué a sus pies y me quedé dormido, hasta que una explosión pavorosa sacudió el piso debajo de mí. Él no se movió de su sillón. A lo lejos, se oía el personal de la mansión combatir el fuego. Luego, las sirenas de los coches de policía y los bomberos. Nadie llamó a su despacho; seguramente, sus secretarios y abogados ya estaban preparados y atendieron todo. Él, mi benefactor, no dio muestras de haber oído nada. Otra vez me dormí. Cuando desperté, el sol ya estaba alto y se metía, policromo, por las antiguas vidrieras de las ventanas ojivales. Mi benefactor seguía dormido, aunque en sus manos noté una pequeña varita de madera carbonizada y percibí que las piedras de sus anillos se veían mustias, como empañadas.

Salí a inspeccionar los daños, que se habían limitado a los laboratorios subterráneos, y atendí diferentes asuntos concernientes a la marcha de los negocios de mi benefactor, al que representaba plenipotenciariamente desde hacía casi un año.

Cuando el sol empezó a declinar, corté con mis propias manos un centenar de rosas de los jardines y penetré en su despacho con mi ofrenda. En el mismo sillón y en la misma posición, seguía mi protector, pero ahora ardían a su alrededor cinco círculos concéntricos formados por astillitas de bambú, o cosa parecida, clavadas en el suelo de maderas encastradas. Sin embargo, sólo yo tenía las llaves de ese ala del edificio y no comprendí cómo habían entrado... ¿quiénes? Yo tampoco lo sé, pero mi instinto me dijo al instante que mi benefactor no había sido, que había otros seres en la estancia...

Un miedo cerval, atávico, infinito, me invadió. Abrí los brazos, dejando caer las rosas y, gimiendo, salí corriendo hacia los jardines, hasta que, exhausto, me dejé caer junto a los coches aparcados en el garaje. El mecánico me miró sorprendido, pero no me preguntó nada.

Una hora después atendí un teléfono interno; uno de los ayudas de cámara de mi benefactor me comunicó que este había sido encontrado muerto en su cama.

¿Cómo había llegado a ella si ya parecía muerto cuando le dejé? No lo sé, ni lo quise, ni lo quiero saber... Hay cosas que es mejor ignorarlas, sobre todo cuando uno es un perro.

Los funerales fueron sencillos.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Yo me quedé solo, pero no sentía ni miedo ni pena; solamente un enorme, un gran cansancio.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

DE CÓMO EMPECÉ A ABRIRME PASO

Establecida la enorme fortuna y cartera de contactos e influencias que quedaban a mi disposición, preferí poner todo en manos de una compañía administradora y, con escasos medios, abrirme camino por mí mismo hacia un destino que antes desconocía y ahora no comprendo... o tal vez sí.

Me trasladé a una gran ciudad; alquilé un cuarto humilde y confortable y salí a buscar trabajo. La agencia de empleo a la que acudí me sometió a una serie de test que me resultaron infantiles. Todo era contestar preguntas simples y hacer circular palitos coloreados a través de laberintos, lo más rápidamente posible. “Möassy –me dije- acuérdate de cuando jugabas con tus hermanitos”; y todo salió bien. También me sometieron a no recuerdo ya qué tonterías en un pupitre coronado por un espejo. Tan solo viene a mi memoria que lo solucioné de inmediato al compararlo con el pequeño lago en el cual me miraba cuando era cachorro. Al interrogarme sobre mis ideas políticas y religiosas, gruñí algo confuso, y eso fue bastante para que tan indefinido sonido fuese interpretado como de razonable adhesión a la opinión generalmente aceptada. Después de muchas pruebas y de rellenar infinidad de papeles, me aceptaron definitivamente como visitador médico. Un breve cursillo terminaría mi formación.

Recuerdo que, en mi juventud, aunque la forma humana que me revestía aparentaba ya cierta madurez, llegué a alegrarme con todos estos requisitos, pues pensé que el mundo de los hombres estaba bien organizado. Si tanta prueba exigían para recomendar remedios a médicos que ya los deberían conocer, qué no exigirían para titularse como profesional; para formar una familia y tener hijos; para, en el pináculo de la responsabilidad, dirigir un Estado... Luego lo supe..., pero entonces no lo sabía; y el arquetipo de cultura y refinamiento que había sido para mí mi protector, se me hacía patrón común de todos los humanos.

El trabajo, a poco de comenzado, ya me agradaba en extremo. Los doctores que visitaba me parecían todos muy sabios y circunspectos. Bastaba con que les leyese el prospecto que acompañaba a los medicamentos para que gruñesen de aprobación, entendiéndolo yo así que ya los conocían y discernían claramente sus ventajas e inconvenientes. Ni uno solo me hizo una pregunta. Todos parecían saberlo todo. En aquel entonces, el mundo de los hombres me deleitaba.

Tanto progresé que llegué a supervisar un gran equipo de visitadores médicos, y el tiempo libre me tentó a iniciar una carrera universitaria, ya que poseía títulos secundarios aprobados junto a mi benefactor. Lo único que me intimidaba era la perspectiva de las duras pruebas a que sería sometido para ingresar en una “casa de altos estudios”. Pero la realidad, como tantas veces, se me presentó diferente a lo imaginado.

Las eliminatorias de ingreso lo eran más bien de nombre; ya alumno, bastaba con que repitiese lo que a gusto de cada profesor se me enseñaba, para hacer mi carrera

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

rápidamente. Mi buena memoria, altamente entrenada, me permitió obtener óptimas calificaciones, y mi natural instinto me llevó siempre a husmear exhaustivamente los cortos resúmenes de moda imprescindibles para los exámenes.

Cada vez que un compañero me enseñaba los papeles pegados por los activistas políticos en las paredes, resoplaba yo al no entenderlos, y esto bastaba para que cada vez fuese más popular entre todos, pues todos pensaban –ahora lo sé– que les daba la razón.

Lo de “todos” es una forma de señalar la minoría activa que recorría esa facultad. Lo cierto es que la gran cantidad, la inmensa mayoría, la casi totalidad de los estudiantes se limitaba a estudiar cuando podía, y las huelgas y cierres forzados decretados por sus “representantes” les daban respiro y aun inspiración. Bueno, los más jóvenes no me creeréis, pero hasta hace no pocos años, esa casa de estudios no tenía prácticamente nada, y sí era verdaderamente vaciadero de cuantos resentidos sociales y guerrilleros andaban por las inmediaciones. Así conocí a muchos que idealizaban al pobre, pero usaban coches lujosos; que se habían liberado del tabú de no hablar del alma, de Dios, del honor, de la concordia.

Tal vez por ser un perro, no entendía yo tales ambigüedades. Si exaltamos a los que tienen el pelaje ralo y eliminamos a los que aún lo tienen entero, la suma de los primeros dará generaciones cada vez más desposeídas de abrigo; y el frío, aun comparado por todos, ¿será acaso menos frío para cada uno?

Pero bien me guardaba yo mis razonamientos, pues siendo, como soy, un simple perro, un sencillo producto de la Naturaleza, no osaba discrepar de aquellos que, en una mesa de café, arreglaban los problemas milenarios de la Humanidad en un par de horas. Así, preferí callar o gruñir ambiguamente ante sus teorizaciones. Eso permitió que ninguna interferencia trabase el rendimiento de mis exámenes, y en pocos años me doctoré en un par de disciplinas.

Una de mis tesis desarrolló el tema de la “monocultura”. Había observado que los estudiantes eran introducidos, desde el primer año, en una forma de pensar unilateral, basada en mitos y leyendas, sobre abstracciones que trataban de idealizar lo no idealizable. La Historia, la Religión, la Filosofía, el Arte, se contemplaban siempre desde el “a priori” de unas afirmaciones que, al repetirse, asemejaban verdades a los jóvenes inexpertos. Así se los “concienciaba”, y la enanocracia disminuía ante sus ojos a cuantos grandes hombres y héroes ha habido en el mundo. La suma, resta, multiplicación y división de todo esto hacía que un Alejandro no pasase de ser un borracho afortunado; un Jesucristo, un anarquista sin suerte; una santa Teresa de Ávila, una frustrada sexual; y un Gandhi, un abanderado de la guerrilla. Todo ello es un fenomenal absurdo histórico y una negación de los principios lógicos más elementales, pero mi sagacidad perruna descubrió que cuantas más estupideces decía, más se me valoraba, y que cuanto más alto tiraba mi barro, mayor aureola lograba para mí mismo.

Así, y en contra de mis convicciones, por respeto a la opinión de moda entre los humanos y por mi propio interés en llegar a las cimas de todo este enigma que tales

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

transgresiones a la razón me ofrecía, exalté la monocultura politizante, llamé a la chusmocracia con nombres resonantes y pomposos, y destacué cuanto defecto cierto o incierto pude atribuir a las cabezas que emergían de la horizontalidad histórica de los pueblos. Mi tesis fue premiada; me gradué y me doctoré.

Aún recuerdo vivamente ese día. Después del acto de entrega de diplomas y premios, revestido de una solemnidad que, dadas las circunstancias y los principios en que la universidad decía basarse, no venía al caso, me retiré a mi humilde cuarto, me desvestí enteramente y, enroscándome en el suelo, quise volver a ser un perro como tantos otros. Tal vergüenza tenía de asemejarme a los hombres.

Descubrí que mi niñez, junto a mi madre cariñosa y a mis hermanos juguetones y sanos, enmarcados por las montañas y los bosques, e impulsada por la simple alegría de vivir, había sido, aunque perruna, mejor que la que se ofrecía a un niño humano, condenado desde el nacimiento a vivir atrapado entre las discordias y crucificado sobre el miedo, sujeto por los clavos sin cabeza de la violencia.

Constaté que mi amor y mi lealtad por mi protector y Maestro eran sentimientos ya en desuso, oxidados por la viscosa humedad de los sobacos de la enanocracia. Amar a un maestro, a un profeta, a un líder natural, se había convertido en estupidez y gatzmoñería. El número, en cuanto a cantidad, había desplazado a la idea, en cuanto a calidad. Que muchas cosas se amontonasen y, en confusión, como masa de gusanos, se lanzasen a rodar pendiente abajo hasta el lodazal de un mundo zoico diluvial, cuando aún no habían aparecido ni los animales domésticos: ese era el ideal; esa, la liberación; esa, la meta; ese, el único destino que los humanos concebían, y que, por ley de afinidad, iban creando...

Aún me estremezco al pensar en ese día... ¡Cómo hubiese querido poder aullar mi dolor como antes y acallar esta mente injertada que me hacía ver tantos horrores! No recuerdo ya si en ese estado estuve un día o varios. Sé que no comí en mucho tiempo, que es la forma en que los perros expresamos nuestro descontento, ya que, en nuestra simpleza, felicidad, bien y salud son sinónimos.

Cuando reaccioné, decidí regresar al palacio de mi protector, que era mío. Necesitaba pensar, descansar, llorar mucho. Necesitaba visitar su tumba y preguntarle cosas. Él me había dicho, en una oportunidad, que en las fosas funerarias no hay más que escoria, y que el fuego del alma, con lo mejor de sí misma, remonta hacia otras dimensiones. Pero yo no sé nada de eso; tan solo sé que le amo como siempre, que le necesito más que nunca. Esto siento hoy, cuando escribo, y eso sentí en aquel momento. Creo que, en lo que llaman los hombres "espiritual", no he avanzado nada. ¡Es tan fácil acumular riquezas y honores, y es tan difícil lograr una sola gota de ese inmarcesible licor del recto conocimiento, de la fe segura, de la gnosis final!

¡Ah! Si lograra abatir esa muralla de niebla que me separa de mi Maestro y protector, ¡cuántas preguntas le haría...! O tal vez no; simplemente, me echaría a sus pies.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ENCRUCIJADA

Es sorprendente la lucidez que se adquiere en las últimas horas de vida. A pesar de que siento mi cuerpo cada vez más torpe y desazonado, mi memoria crece con los recuerdos. Sí, no es la memoria la que recuerda, sino los recuerdos los que la crean, víctima de ese inexorable instinto de supervivencia que afecta a todas las cosas y los seres. Las sombras de las cosas pasadas se niegan a desaparecer y se refugian en alguna parte de nosotros mismos, y a esa parte la llamamos memoria.

Pero mi intuición perruna, que jamás he perdido, me dice que esos recuerdos no nacieron al cesar el acto que aparentemente los motivó en el mecanismo de la conciencia, sino que vienen del futuro infinito y se van al pasado infinito a través de nosotros. Sí, pasan a través de nosotros, nos hieren y se van... ¡Ah, el misterioso cuneiforme de las cicatrices del alma...! Lenguaje perdido para las masas, pero no inexistente. Yo, siendo un simple perro que tuvo pelaje rojo, pero que luego tuvo también un Maestro, un protector, un rey, lo sé... hoy mejor que nunca. Pero he interrumpido mi relato, y a vosotros os interesa mi relato, no yo... Eso también lo he aprendido.

Titulo este capítulo *Encrucijada* pues, en verdad, no sabía entonces qué hacer conmigo mismo y con la responsabilidad divina y diabólica que tenía entre mis manos.

Hay algo que no os aclaré lo suficiente: mi aspecto jamás terminó de ser humano, pero mucho después supe que los hombres habían olvidado mirar a los ojos, al rostro, rectamente, y así, como nadie se interesó nunca por eso, jamás fui descubierto. Mas en aquel entonces lo temía; mis títulos y riquezas no alcanzaban a sacarme ese molesto miedo de encima. El miedo es como el pelo de los perros: nos acompaña siempre, lo perdemos por temporadas, vuelve a crecer y tan solo nos abandona en la extrema vejez, y no del todo. ¿Qué debía hacer entonces? Cuando los perros tenemos una duda, nos lanzamos a andar; y eso hice. Comencé una larga serie de viajes, sin rumbo fijo, sin destino en este mundo horizontal, pero tratando siempre de atisbar en los dos infinitos.

Para mejor logro de mis propósitos, y previo a mi partida, dediqué un año a estudiar la enorme biblioteca privada de mi Maestro y protector. Visité su tumba. Imaginé la mía. Medité en las largas noches y leí docenas de volúmenes. Escuché música, admiré obras de arte y me refugié en los atardeceres en el museo de la mansión, sentado en la penumbra, viendo cómo los brillos y colores de las piezas egipcias variaban a cada paso del sol y a cada salto de las sombras, hasta que, finalmente, todo se convertía en una enigmática oscuridad cruzada tan solo por fosforescencias extrañas, crujidos inaudibles para quien no tuviese el oído de un perro, y vientecillos fríos que erizaban en mi lomo mis ahora inexistentes pelos. Me levantaba entonces de mi sillón y hacía tronar el órgano electrónico del palacio hasta que sus mismos cimientos, arropados en las profundidades de la tierra, temblaban como yo...

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Mis excentricidades no alarmaban a mis secretarios ni a mi servidumbre. Descubrí muy pronto que lo único que preocupa a la mayor parte de los hombres es su alimento, su confort material. Mientras tienen eso en abundancia, nada los alarma, vean lo que vean y oigan lo que oigan. Esto me desalentó, pero a la vez, en lo estrictamente personal, me dio seguridad. Teniendo medios suficientes, no debía temer el enfrentamiento con los hombres, pues nadie repararía en mí, sino en mis recursos económicos.

Ya había decidido viajar, pero ¿en qué y con qué fin aparente? Decidí, tras muchas cavilaciones y consultas con mis asesores técnicos, legales y económicos, adquirir un gran barco y conseguir alguna representación científico-cultural, ambas cosas fáciles para mí.

En unos dos meses estuvo todo listo para mi partida. Mi buque, ahora acondicionado como un yate gigante, desplazaba siete mil toneladas y portaba una selecta biblioteca, un órgano electrónico, un par de helicópteros, piezas de arte, servicio de banquetes, y todo aquello que puede hacer de un barco un exclusivo y flotante hotel de primerísima categoría. Un grupo de destacados intelectuales me acompañaría, y otro muy numeroso de bien pagados asistentes. Aparte, desde luego, la marinería y los oficiales del buque.

Pero tenía un problema: ¿qué nombre le pondría al barco? Si escogía el de mi Maestro y protector, se me tacharía de ególatra familiarista; si utilizaba el de un sabio antiguo, sería rechazado por los más jóvenes; si le ponía el de un joven destacado, no tendría la aprobación de los poderosos. ¡Cuánto cavilé! Pensé, incluso, llamarle Europa, pero, al llegar a América, Asia o África, los habitantes de aquellos continentes, con sus localismos, tendrían para él un rechazo subconsciente. Y lo mismo pasaría a la inversa, pues la imbecilidad humana es dueña de pasaportes de todas las naciones y pasa fácilmente todas las fronteras sin mayor revisión ni formulismo. La estupidez ha sido siempre lo más libre que transitó por el mundo. Buscaría, entonces, una solución lo suficientemente estúpida como para satisfacer a todos.

Tomé cuatro letras al acaso y las hice poner, enormes, sobre la proa y popa de mi navío. Eran una D, una R, una O y una C. No sé por qué las elegí, pero veréis que elegí bien, que es prerrogativa de los que no piensan, como los perros. Estaban montadas sobre un sistema de orificios que permitía trastocar su orden en varias combinaciones, según se me antojase... o mejor, según se les antojase a los hombres, que sobre esto han sabido siempre más que yo.

Arreglé mis asuntos y partí. Me sentí seguro, pero no feliz.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

MI PRIMER VIAJE

Tras larga travesía en un mar, para mi gusto excesivamente tranquilo, el capitán, hombre extraordinariamente competente, me anunció que en pocas horas arribaríamos a nuestro primer puerto de destino, perteneciente a un antiguo país, muy creyente en cuanto a asuntos religiosos. Asentí, y me retiraba yo a mis aposentos para repasar mis conocimientos respecto al pueblo que iba a visitar por primera vez, cuando una pregunta me tomó de una oreja, como decimos los perros, y me llevó al puente de mando.

Varios oficiales tomaban café, mientras el de turno en la conducción del yate observaba desde su sillón, ora el horizonte, ora las numerosas lucecillas que iluminaban un tablero en herradura que, prácticamente, lo envolvía. Allí estaba también el capitán, al cual llamé aparte y le pregunté en qué orden había colocado las cuatro letras que se suponían iniciales del nombre del buque. Sonriendo, me contestó que primero la C, luego la D, después la O, y finalmente la R. Sin aguardar la respuesta me aclaró:

–Doctor, su buque se llama ahora: Ciudad Divina Omnipotente Restaurada; ya he comunicado por radio este nombre al solicitar permiso de entrada en aguas territoriales, y en este momento se termina de confeccionar, en la imprenta de a bordo, la documentación respectiva. Dentro de una hora partirá de cubierta un helicóptero con nuestros representantes, para ultimar los detalles burocráticos.

Me quedé anonadado, y ante la franca risa del capitán y el silencio cómplice de los demás oficiales, corrí a proa y, asomándome lo más que pude, leí el pequeño cartel aclaratorio que pendía bajo las enormes letras de aluminio que, efectivamente, estaban en el orden anunciado: C, D, O y R. Os preguntaréis a qué venía mi estupor si yo mismo había ideado tan maquiavélica empresa. Sin embargo, la realidad es que nosotros aceptamos muchas cosas y, en nuestra fantasía, las damos por ciertas, pero al verlas objetivadas en este mundo impactante y material nos asombran como si no fuesen hijas nuestras... o tal vez por eso mismo.

Vi elevarse el helicóptero con mis diez delegados, y otra vez mi nariz tembló y resopló fuertemente. En el flanco, en donde esas aeronaves suelen llevar su nombre o identificación, campeaba una enorme letra R, sin que yo le encontrase significado alguno, pues no iba acompañada de las otras tres. Llamé de nuevo al ingenioso capitán y le pregunté qué significaba esa R. Contestó que si tuviera mejor vista hubiese leído el pequeño cartel que abajo la aclaraba. Significaba: Rezo. Ya molesto por el excesivo ingenio de mi capitán –que el ingenio, si es de otros, es siempre molesto–, le ordené que, fuésemos al país que fuésemos, el helicóptero que me anunciase fuese siempre ese mismo, y que la letra R no debería cambiarse. Dicho lo cual le miré con no disimulado aire de triunfo. Sin esperar en su rostro de hielo señal alguna, bajé con paso vivo a mis camarotes privados.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Desde ese día una extraña relación nació entre el viejo oficial y yo; creo que nos detestábamos, pero nos admirábamos mutuamente. Para mí, él era la antítesis de mi difunto protector y Maestro. A su lado me sentía inseguro, y lo que de él aprendía tenía siempre un deje de maldad. Sin embargo, jamás pensé en despedirlo, ni él me abandonó. A veces el mal, por ser mera ausencia de bien, nos succiona como una bomba de vacío y nos revuelca a los unos sobre los otros, y nos pega, nos adhiere, nos funde, aplastados en la oscura fosa donde falta el aire de la verdad, sin más esperanza que la esperanza misma.

Vestido adecuadamente, rodeado de la pléyade de intelectuales y personajes que formaban mi séquito, recibí en el salón principal a los edecanes, con lo que luego descendí a tierra. Unos metros más allá, una multitud de varios miles de personas aullaba no sé qué estribillos. Las manos abiertas de las pancartas iban de atrás para adelante, en movimiento impulsivo, como si fuesen a tirarme las piedras de sus palabras pintarrajeadas en negro. Las campanas de cien templos se habían echado al vuelo, y también las golondrinas, espantadas.

El espectáculo era hermoso, pero triste, y tenía un aire trágico. Luego de las saluciones oficiales, interpretar los himnos nacionales y demás amables fórmulas, me dirigí a pie, por en medio de la multitud acordonada, en dirección a los lejanos coches oficiales. Entonces vi de cerca a los que agitaban sus carteles. Eran muy jóvenes, y no muy limpios. Me detuve frente a un grupo particularmente agresivo, que se desgañaba tratando de hacerme entender algo a gritos. Lo entendí: gritaban contra la mordaza de silencio a la que estaban sometidos. Clamaban por la libertad y el derecho de protesta. Alcé los brazos, lancé un breve grito fortísimo y proseguí mi marcha. Tras un momento de vacilación, la masa de jóvenes comenzó a ovacionarme y, poco después, se retiraban en paz. Yo subí al coche negro, pero no estaba en paz.

Varios días duraron las visitas y festejos. El pueblo era realmente religioso, pero, falto de instrucción profunda en esos teológicos misterios, eran muchos los que los seguían por mero formulismo, y hasta los sacerdotes, salvo honrosísimas excepciones, habían cambiado sus ejercicios espirituales por rutinarias plegarias hechas mecánicamente, con el corazón demasiado seco y la lengua demasiado húmeda... Asimismo, los temas sobre el alma y Dios que debían ser tratados en los templos, estaban siendo reemplazados por discursos sobre anticonceptivos, sociología y economía. Me divertía imaginando que la religión la estarían enseñando los médicos, sociólogos y economistas. Este pensamiento –lo recuerdo vivamente– me reconfortó, pues, si un sacerdote hacía de sociólogo y un político ejercía de salvador de almas, bien podía un perro hacerse pasar por hombre.

En uno de los banquetes oficiales que en mi honor se hicieron –el segundo, si mal no recuerdo–, los funcionarios me acosaron a preguntas; estas me mordían aquí y allá sin darme tiempo a responder a una cuando ya la otra reclamaba mi atención. Esas gentes tenían un problema, y muy grave por cierto. Su sistema político-social se basaba en estructuras tradicionales en donde lo religioso era fundamental; pero en los tiempos que por entonces corrían, los ciudadanos más jóvenes abandonaban las antiguas modali-

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

dades o mostraban reacción a acatarlas totalmente. Ante esto, los que ejercían la siempre crucial función de gobierno no habían encontrado mejor respuesta que ir modificando sus propias actitudes, en lo que llamaban “adaptación a los tiempos” y en una maniobra que, según ellos, guardaba escondida finalidad.

Intrigado por esto, pues tal vez por mi canina naturaleza no lo entendía, y un poco avergonzado por las miradas de mutua inteligencia y seguras sonrisas que intercambiaban todos los humanos presentes, incluidos los que a mí me acompañaban, pregunté sobre esa maniobra salvadora. La explicación no se hizo esperar, y tuve que reconocer que era simple y clara. Consistía en ceder terreno a medida que las masas juveniles así lo exigían; si preferían hablar de sexo en los templos, se hablaría de sexo; si querían convertir las universidades en comités políticos más o menos disfrazados, se las dejaba con sus disfraces; si, a través de publicaciones pornográficas, pretendían transformar a la mujer en simple símbolo deshumanizado del placer carnal, se lo permitían; y si, finalmente, las augustas figuras históricas eran reemplazadas por bandoleros de moda, con el cerebro y la gorra ladeados, nada se oponía a ello. Así –me afirmaron–, en la vivencia de esas falacias, los jóvenes tendrán una toma de conciencia de sus errores y solos volverían a las más sanas costumbres y rectos pensamientos.

Acabada la explicación, todos los humanos rieron y volvieron a intercambiarse miradas astutas y signos de entendimiento. Pero yo me quedé quieto y bajé imperceptiblemente las orejas, inclinando a la vez la cabeza, que es la actitud pensativa de los perros. Rápidamente pensé que si un cachorro, por inexperiencia e impulsado por su juguetona naturaleza, corre inadvertido hacia una ciénaga, sus mayores, cuando vean que se hunde cada vez más, aunque siga ladrando alegremente, irán a rescatarlo lo antes posible, pues una vez que llegue a las arenas movedizas, se hundirá inexorablemente. Esto lo sabemos todos los perros: si un cachorro se mete en el pantano, cuanto más se meta, más sucio sale; y si se interna demasiado, ya no sale jamás, pues se lo tragan las arenas movedizas, que son el corazón escondido del pantano. Así, pensé que si a los jóvenes humanos, los más avezados no los cuidaban ni guiaban, encauzando por firmes camino sus futuros pasos, estos se hundirán cada vez más en el barro, hasta que la ciénaga central de toda esa pseudo libertad, que es el ateísmo y la anarquía, los devore.

Expresé esta meditación con ya no recuerdo qué palabras, pero al momento fui interrumpido por el tronar de la risa de todos. Y escuché, acabadas las risas, comentarios como estos: “¡Muy buena la broma del doctor! ¡Qué fino sentido del humor ha tenido!” “¡Decir que la liberación y la democratización de las costumbres tan solo pone a disposición de los muchos las inmoralidades de los pocos! Escríbalo, doctor, ¡es usted un humorista consumado!”. Y: “El doctor afirma que el proceso es dinámico y que acaba inexorablemente en la anarquía y en la destrucción de la sociedad si no se le detiene a tiempo... Si no fuese una broma, pensaría yo que ignora que toda esta parodia de cambio la hemos digitado nosotros para entretener a los jóvenes, y que cuando veamos peligro, daremos marcha atrás y ¡salvados todos! Además, el doctor sabe que si un joven no tiene esas expansiones, se vuelve meditativo y exige de las generaciones más viejas una actitud monástica e inhumana, que no estamos en condiciones de ofrecer... ¡Vamos, que no somos de piedra... ni los jóvenes tampoco!”

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

No os quiero aburrir con mis recuerdos; por ello no os repito las sandeces que durante media hora cayeron sobre mi cabeza. Al fin, levantando mi copa, grité con mi voz destemplada: “Brindo por ello”. Y todos brindaron, aunque jamás aclaré cuál era el motivo propuesto; pero cada uno creyó que era el suyo, y así pude levantarme de aquella mesa en medio de aplausos y ovaciones.

Una semana después, partía. Una multitud de jóvenes desarrapados intencionalmente, con sus costosas ropas roídas con piedra, se pusieron, como acto de protesta, a orinar en el mar junto a mi barco. Los representantes del gobierno que me despedían lloraban de risa festejando la ocurrencia. Desde lejos, al fondo, un sacerdote hizo un signo en el aire y nos bendijo a todos. Me incliné varias veces; mi séquito hizo lo mismo; desde la costa, al retirarse las amarras, una clamorosa ovación nos despidió.

Mientras el capitán mandaba otra vez cambiar el orden de las letras que abreviaban el variable nombre de mi barco, y todos reían, yo me refugié en mi camarote y no contesté las muchas llamadas del teléfono interno, pues no quería que por mi voz aflautada descubrieran que estaba llorando... Claro que –os diréis–, estando rodeado de humanos y no de perros, ninguno advertía ese tipo de llanto; pero en aquel atardecer no estaba yo seguro de estar rodeado de humanos. Y esa duda, lo confieso ahora que me siento morir, jamás me abandonó.



Bueno, no es que me refiera a un segundo viaje, sino al mismo, pero al recordarlo, por alguna extraña versión psicológica, veo cada aventura, en cada país, como diferentes viajes. Como así lo siento, así lo escribo. Aunque sea en el momento de la muerte debemos evitar mentir... ¿o es que mentimos siempre, aunque creemos decir la verdad? O mejor, ¿decimos siempre la verdad de alguna forma y manera, aunque mintamos? Si por realidad tomamos el universo, afirmaremos lo primero; si a Dios, lo segundo... Pero la abstracción filosófica es siempre peligrosa, pues sirve para justificarnos y justificar a los demás, sea cual sea la actitud asumida. No siempre la virtud y la razón van del brazo, y la verdad siempre anda sola.

Recuerdo claramente el clima psicológico especial que fue formándose a medida que nos acercábamos a las aguas territoriales del siguiente país a visitar. El que habíamos dejado atrás, a pesar de gazmoñerías y dificultades, no había perdido un sentido viejo, pero no gastado, de respeto al individuo y a las cosas sagradas y permanentes. Las turbulencias de su juventud no pasaban de ser efímeras, y cuando envejecían, dejaban como legado a los más jóvenes la moda de una rebeldía formal pero inauténtica.

Todos sabían, en el fondo, que los ciclos históricos se mofan de los cambios, y que lo que fue al principio, es y será siempre; que las variaciones de las etiquetas de los envases no afectan seriamente al contenido. Habían sostenido ante mí un absolutismo formal religioso, basado en el deber de los hijos de seguir en todos sus detalles la religión de sus padres; pero al recordarles yo que hacía veinte siglos sus lejanos padres sostuvieron otras formas, y que quienes se habían rebelado, en aquella anterior oportunidad, para dar a luz a una nueva, habían negado sus principios, obtuve por respuesta razones confusas, pero que expresaban el íntimo convencimiento de que el cambio había sido más de nombre que de espíritu. Incluso viejas imágenes de dioses, arropadas modernamente, se erguían en nuevos altares acompañados de una veneración popular incontenible.

Pero ahora enfrentaríamos una sociedad que se había desgajado de su propia historia y que era impresionante como un brazo que agitase los dedos de su mano, estando cercenado del tronco. Su fuerza física era enorme, y una alineación materialista conformaba la brujería obsesionante de aquellos humanoides que, sin padre y sin Dios, tenían la fuerza incansable de la máquina.

Aunque, por lo menos en mi presencia, nadie lo mencionaba, yo sentía que tenían miedo. Los perros olemos el miedo de los hombres y solemos divertirnos a su costa. Lo confieso: voluntariamente en la mesa de oficiales, promovía día tras día conversaciones referentes al país a visitar y sobre la sangrienta y catastrófica revolución que había engendrado el “zombi” de su nueva forma. Los historiadores de mi séquito se esforzaban en elucubrar los motores de esos cambios y en predecir otros nuevos. Los literatos justificaban. Los sociólogos interpretaban. Los militares fruncían el ceño

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

aparentando comprender. Pero, más allá de la doctoral apariencia que ante ellos mostraba, Möassy, el perro, olía su miedo biológico y atávico y mordisqueaba los talones de sus argumentos, haciéndolos correr sin otro rumbo que el zigzagueante hacia el que empuja el pánico. Y así escapaban ellos de mí, pero yo los volvía a azuzar con el mismo tema una y cien veces, hasta que el olor a miedo me repugnó y torné a encerrarme en mis aposentos, desnudo y acurrucado sobre la alfombra, sin pensar ni hacer otra cosa que gemir muy de vez en cuando, resoplar y sacudir mis mutadas orejas. Los perros podemos estar muchísimo tiempo sin hacer otra cosa. Es nuestra forma de meditación y de cansancio de tener que vivir en un mundo dominado por los hombres.

Como mi aislamiento, y las viandas que volvían casi intactas a las manos de los camareros, podían alarmar a mis compañeros de aventura más de lo necesario, decidí un día salir a cubierta y departir alegremente con todos. No tardó en acercárseme el capitán, son su imborrable aunque casi imperceptible sonrisa. Ante mi muda interrogación, me dijo:

–Doctor, su buque tiene nuevo nombre...

Como yo seguí silencioso, contemplando el mar, prosiguió:

–Se llama ahora Definitiva Revolución Obrera Comunista.

Hubiese querido no demostrar mi asombro, pero aquel hombre superaba mi elaborado autocontrol, y no pude menos que erguirme violentamente, para ser víctima de su risa burlona. Otra vez había logrado disponer las letras iniciales de la manera más conveniente.

El ruido del helicóptero, que se levantaba llevando la nueva documentación y a mis representantes, me hizo girar sobre mí mismo rápidamente, pero tan solo distinguí la letra R de su costado. Nuevamente el capitán se adelantó a mi pregunta y, con tono cómplice, murmuró:

–Ahora se llama Revolución.

Volvía a mirar al mar. Al momento me encontré otra vez solo. Ahora llegaban hasta mí las risas chirriantes de las gaviotas. Bajé a mis dependencias con una idea fija: ¿estaba Möassy riéndose del mundo o el mundo se burlaba de Möassy? Desde el fondo de mí mismo, una voz, que se me antojó parecida a la de mi antiguo amo y Maestro, me contestó: ¡qué importa!

Creo que sentí frío... o tal vez lo siento ahora, y asocio mis recuerdos con este presente fugaz que cae hacia la muerte como una piedra al fondo de un pozo. Pero continuemos el relato; los recuerdos, como visitantes nocturnos apresurados, suelen marchar de nuestra puerta si no la abrimos rápidamente y, perdidos en la noche del olvido... ¿quién los alcanza? Los recuerdos vagan en el olvido como embozados transeúntes en la niebla; a veces se extravían, pero jamás desaparecen; siempre están en alguna parte de algún tiempo.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Entramos en un gran puerto en donde cien barcos cargueros montaban y desmontaban productos disímiles, desde aviones supersónicos hasta harina de pescado. El olor era, en general, desagradable, y el tiempo desapacible; pero la comisión que nos abordó, desde dos lanchas plomizas, parecía admirablemente bien dispuesta. Eran hombres correctamente vestidos, sonrientes, de cuerpos fornidos y caras redondas. A pesar de lo que habían previsto mis oficiales, no se observaban por ninguna parte medidas de seguridad extraordinarias. Todo aparentaba una gran laboriosidad y buena fe.

Al descender por la pasarela sólo nos esperaba una minúscula recepción. Algunos fotógrafos lograban sus instantáneas, pero ninguno nos apremió con preguntas. Mi instinto perruno me dijo que esa gente no tenía grandes deseos de conocer a otra gente, desilusionados, quizás, por un excesivo autoanálisis.

Aunque los funcionarios conocían, evidentemente, la particularidad de mi barco de cambiar de nombre sin variar las iniciales del mismo, con una sonrisa vestida de franqueza comentaron halagados su denominación. Como siempre, cuando no sé qué decir, tan sólo gruñí, y eso fue tomado por ellos como el más gracioso de los comentarios, pues rieron a coro fuertemente. Luego, para mi “custodia personal”, me introdujeron en un coche negro más bien pequeño, precedido y seguido por varios similares, y fuimos cruzando calles de una ciudad sorprendentemente tradicional, poblada de personas sorprendentemente vestidas a la usanza antigua.

Yo sentía ese mundo como trabado por clavijas que le forzaban a repetirse día tras día sin mayor variación. Me alojaron en un hotel del siglo pasado, en dependencias de un lujo gastado que olía a museo rococó. Todo parecía estar ya pensado, y mis acompañantes fueron, asimismo, alojados en apartamentos similares. En formales tarjetones me invitaron a una cena que en mi honor habría en el mismo hotel, por la noche. Aunque nadie dejaba de sonreír, jamás me sentía cómodo entre ellos, ya que a los pocos minutos nos quedábamos sin tema de conversación, recurriendo a palabras huecas de formalismo victoriano.

Por la noche mis secretarios me presentaron los diarios locales, que informaban de mi llegada, y de discursos que jamás habían sido pronunciados; lo único auténtico eran las fotografías. Pero las informaciones eran tan ambiguas e inocuas que no tenía yo la más mínima causa de queja ni motivos para presentar una reclamación por ellas. Reflejaban términos de una diplomacia vacía que, muy probablemente, yo mismo hubiese usado si me hubiesen forzado a ello las circunstancias. Habiendo heredado un título de nobleza y tan cuantiosos bienes, supuse que se haría hincapié negativo en ello; pero nada de eso encontré. Vinieron a mi memoria las palabras del más grande conductor que había tenido, en épocas de la Segunda Guerra Mundial, este país enorme: “Las palabras no tienen relación alguna con los actos... La diplomacia sincera no es más posible que el agua seca o el hierro de madera”. Sin que nadie lo advirtiese, yo mantenía erguidas imperceptiblemente mis orejas, que es como los perros demostramos esa sensación ambigua entre el miedo y la atención.

De la cena recuerdo muy poco; me aburrieron terriblemente los largos discursos que la coronaron. Interminables. Numerosos funcionarios y jefes se esforzaron en

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

demostrarme la eficacia de sus respectivos trabajos, señalando estadísticas y datos técnicos. Me mostraron sus máquinas, pero no su humanidad. Destacaron que sus cohetes espaciales habían dejado la Tierra para alejarse millones de kilómetros, pero nadie me dijo qué planeta tenía un hombre dentro. Ante mis preguntas de por qué corrían las estrellas, se lucieron explicándome las últimas teorías mecánicas, pero yo siempre les preguntaba, al finalizar su erudición: ¿por qué, para qué, con qué objeto? Y a mis preguntas seguía el círculo inacabable de otros efectos mecánicos que eran causa de los siguientes. Todo se desarrollaba en el mundo horizontal... Ninguno de ellos me pudo dar razón de los dos infinitos que me obsesionaban y me obsesionan... “Arriba” y “abajo” eran palabras sin sentido para los tecnócratas y los comisarios políticos. Entre los hombres, luchas de clases; entre los astros, luchas de fuerzas. Pero ante mis “por qué” y “para qué”, ante mis torpes manos que se elevaban y bajaban señalando los dos infinitos, ellos abrían sus brazos horizontalmente, sin ver las bases ni el pináculo que yo les insinuaba y que mi instinto perruno no olvidó jamás.

Luego, no sé... Creo que todo se diluyó en nuevos formulismos y en la lectura detallada de mi programa de viaje. No recuerdo nada que me haya sorprendido; creo que, simplemente, me fui a dormir.

Tengo que luchar con mi cansancio y con mi indiferencia; a veces pienso que no vale la pena escribir todo esto. Multitud de recuerdos inconexos vienen hacia mí... Un colibrí que ya murió picotea una flor que se marchitó hace tiempo; olas que se evaporaron hace mucho, y volvieron docenas de veces a ser ola, rompen sobre arenas que cambiaron sus formas; rostros que se han hecho polvo aún me sonrían. La caseta negra se agiganta en el horizonte como un molino de viento, pero yo no conozco o no recuerdo el color de su harina ni la forma de su pan. La curiosidad me impulsa hacia delante... sigamos escribiendo.

Con poca ceremonia, pero rodeados de gran cantidad de personajes, subimos a un avión enorme que nos llevó en vuelo directo hasta la cabeza de gigante. Salvo algunas zonas modernas y monótonas, donde se acumulaban cientos de edificios cuadrados e insulsos como cajas de zapatos, el centro estaba adornado por bellos parques y edificios artísticos, y antiguas torres rematadas por techos redondeados y fulgurantes, almenas, murallas policromas, hablaban de un viejo esplendor. Sus interiores mostraban el brillo electrónico de una cibernética engordada a base de comer sueños. El pueblo, que tenía que trabajar duro para vivir, tenía costumbres austeras, pero alegres en la intimidad, aunque en público mostraban todos una extraña apatía e indiferencia. Tan solo los más rústicos, y seguramente los más sanos, mantenían el espíritu de una camaradería inocente.

Al contrario de lo que me había sucedido a mi llegada, y a pesar de la extrema prudencia de mis declaraciones y del moderado y eficaz comportamiento de mi comitiva, la acogida de la gran capital fue fría, extremadamente oficial. Nos albergaron en un hotel moderno, rígido, pálido como un muerto. La excesiva cantidad de servidores y asistentes nos señalaron que estábamos estrechamente vigilados. Jamás logré salir a caminar solo por las calles; siempre la cortesía oficial me hacía acompañar por varios

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

intérpretes y guías, a pesar de demostrarles a cada instante que dominaba perfectamente la lengua del país y que no podría perderme.

Como los días pasaban monótonos, pensé que era hora de partir.

Antes de ello visité el impresionante mausoleo del héroe máximo de esa revolución que había descuajado a este enorme país de sus ancestros históricos, y le había convertido en el semillero del materialismo dialéctico universal. En un sarcófago de cristal yacía el cuerpo del que había sido una contradicción genial, un titán enano. Tartamudo, su vehemencia le llevó a ser un gran orador; teórico e intelectual, su fortuna le había convertido en la imagen misma de la más pragmática acción política. De costumbres burguesas, buen esposo, apegado a la formación de la cuna casi noble en que había nacido, promovió, sin embargo, la antiburguesía, el amor libre y el odio demencial hacia el mismo mundo que le había dado a luz. Sus frases, cuidadosamente seleccionadas, le rodeaban como un halo de gloria, y su figura móvil trasuntaba entrega a ideales, rectitud, aunque, en ese momento, vino a mi simple mente de perro mutado una de sus expresiones favoritas: “Los pactos, los compromisos entre los hombres, son como el hojalдре: están hechos para romperse”.

Al salir, vi asombrado la cola multitudinaria de personas que iban a rendir un culto religioso a quien reafirmó aquello de que la religión es el opio de los pueblos. Estuve contento cuando salí, y si aún hubiese conservado mi rabo, seguramente lo hubiese batido bajo mis pantalones; me limité a sacudir mis orejas y resoplar satisfecho al sentir sobre mí el tibio sol que se filtraba a través de un aire helado. Otra vez pensé en mis dos infinitos y en el personaje yacente que había visto, tan horizontal...

No sé ya qué otra cosa hice hasta que el mismo gran avión me llevó al puerto donde había permanecido anclado mi navío. Sí, recuerdo vivamente el diálogo que mantuve, en la sala de recepción, con algunos ideólogos que me despidieron.

Hasta ese momento se habían evitado por ambas partes todos los temas que pudiesen promover conflictos; pero, en ese último día, la carátula de la diplomacia dejó entrever el rostro escondido y que, sin embargo, estaba detrás de todos nosotros.

Sentados en dos cómodos sillones, rodeados del ambiente que me era grato en mi barco, en donde aparecían aquí y allá ánforas romanas, hidras griegas, imágenes egipcias y caballos de la dinastía Tang, nos juntamos ellos y nosotros; desgraciadamente no podría decir “nos reunimos”. Ahora el abismo estaba a la vista y no había puente entre las dos orillas. El diálogo que debería formarlo se convirtió rápidamente en un intercambio de disparos que terminó pronto con mi paciencia, aunque la de ellos parecía infinita.

Recuerdo su primera pregunta y mi primera respuesta, ambas, lo reconozco, brutales:

—Doctor, ¿cómo puede usted vivir entre tantos mármoles, mientras hay hombres en el mundo que se mueren de hambre?

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

–Los pueblos, señores, no comen ni mármol ni cerámica. Los pueblos se alimentan con ideales, beben fe, se visten con ropas tejidas de concordia...

–¿Y el pan y las mantas?

–El pan y las mantas son imprescindibles... pero el mundo gasta en cohetes y bombas atómicas ese pan y esas mantas.

–Esas armas son para defender al pueblo, en nuestro caso.

–Esas armas, en todos los casos, son para defender a las camarillas de tiranuelos efímeros que esclavizan a los hombres. En nombre del pueblo se esclaviza al pueblo, y mencionando la libertad se la erradica del mundo... Entended, os hablo no de una libertad “concienciada” de masas, que se resume en la pura teoría de acomodar de otra manera el montón: os hablo de aquella sagrada, individual, que se sentaba a las limpias mesas de nuestros mayores y se mecía en las cunas de nuestros niños. Habéis matado los cantos de los campesinos con la hoja rasante de las marchas colectivas; la poesía de vuestros jóvenes con la fórmula oficial de una pseudopoesía que canta a la angustia y a la violencia.

–Es la lucha de clases...

–No existen clases entre los humanos; las habéis inventado vosotros como trampolín para caer sobre las cabezas de los desesperados. Existen, sí, situaciones anormales e injustas, en las cuales el hombre explota al hombre, pero tan solo la verticalización de todos ayudará a que una sana moral barra el egoísmo y derroque a los egoístas. Gritad: “¡amor!, ¡Dios!, ¡concordia!”, y oiréis crujir los goznes de la Historia, y ante vosotros se abrirán las puertas del mañana. Encontrasteis división y habéis tecnificado sus mandíbulas para que devoren más rápidamente a los desventurados.

–Hemos igualado.

–Habéis igualado a la altura del más bajo, decapitando a los mejores. Habéis promovido técnicos, pero no humanistas; técnicos para vuestra maquinaria de guerra. Habéis creado un imperio horizontal que se extiende como una mancha de asquerosa sangre de una hidra moderna; tenéis muchas cabezas, pero ni un solo pensamiento. Poseéis muchas reglamentaciones, pero ni una sola moral.

–¡Moral es lo que beneficia al partido!

–Partido es partición, separación, lucha y ruina... El único partido es el que beneficia a la moral.

El diálogo terminó y el buque dejó rápidamente la rada del puerto. Antes de salir de las aguas continentales, ya mi capitán había hecho desmontar las letras que habían conformado, por un momento, la nueva denominación de mi navío. Cuando pasó junto a mí y me informó del hecho, su sutil sonrisa sarcástica me pareció, por primera vez, grata.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Una corriente de simpatía circulaba a través de todos los integrantes de mi comitiva, pues tal es la naturaleza de los hombres, que cuando sienten desagrado por algo, y lo sienten todos, esa repulsión los une casi tanto como una atracción compartida.

Volví a mis camarotes; no estaba triste, sino preocupado por el destino inmediato de la Humanidad. Pensé en esa puerta de la Historia de la que había hablado... No tiene sus goznes en uno de los lados, sino en el centro. Quien empuja por el centro, jamás la mueve; tan solo los extremos son sensibles a la presión que la hace girar... Pero, ¡ay!, el movimiento, que primero es lento, luego se acelera y dando la vuelta completa nos presenta la cara desconocida, y nos encontramos en el extremo opuesto de la misma puerta, de frente al sentido en que veníamos... Todo es tan complejo y tan simple a la vez...

El conocimiento de las leyes cíclicas nos consuela, pero no nos ayuda. Me sentí realmente preocupado por el destino inmediato de la Humanidad... y todavía lo estoy. Más aun que por mi propio destino, que por instantes se me ocurre trivial e insignificante, aunque sea todo lo que tengo... o tal vez ni siquiera lo tengo, porque siendo perro me entregué totalmente a los humanos.

Pero ¿qué tiene de raro que un perro se mute en hombre, si tantos hombres se han transformado en perros? Todo cambia, y no siempre, por lo menos en apariencia, para bien... Eso también lo aprendí, más con mi vida y sufrimiento que por las enseñanzas de mi sabio amo. Él me enseñaba estas crudezas de tal manera que me sabían dulces.



Como una suerte de antítesis, y sin embargo complementaria del gran país que acababa de visitar, dirigí la proa de mi nave hacia el otro coloso, la superpotencia que disputaba con la anterior la supremacía del mundo. A propósito elegí la ruta más larga; necesitaba meditar y poder apreciar lo visto, así como prepararme con tranquilidad para lo que iba a ver. Por otra parte, deseaba amarrar mi barco en el puerto de la ciudad que era considerada una de las más populosas y, desde luego, la más importante del mundo.

A media máquina, la travesía duró dos meses. Todo ese tiempo lo pasé leyendo mis libros preferidos, de autores clásicos. Mi amo y Maestro me había enseñado que, cuando las calamidades del mundo actual me sobrecogiesen, recurriese a las fuentes eternas en busca de paz y apoyo espiritual. Así, releí los Vedas, el Mahâbhârata, el Râmâyana, Confucio, Lao Tsé, Homero, Platón, Virgilio, Plotino, Séneca, Marco Aurelio, la Biblia, el Corán, el Dhammapada y tantos otros. Mis lecturas abarcaban un promedio de dieciséis horas diarias. El resto, salvo las que robaban las necesidades del cuerpo, las dedicaba a escuchar música barroca y al titánico Wagner. Me hubiese gustado esculpir marfil, construir “bolas de paciencia” a la manera china, y también pintar; pero mis patas delanteras no lograron jamás transformarse en manos hábiles, y sólo yo sé cuánto me molestaba caminar sobre las puntas de los dedos de mis patas traseras, enfundadas en botines ortopédicos.

En ese lapso de descanso, casi desnudo y echado en la mullida alfombra de mi recámara, leía incansablemente o, enroscando mi cuerpo, me dejaba transportar por la música, que me gustaba escuchar a todo volumen. Mi órgano electrónico me aguardaba en las noches de insomnio, y aunque mis dedos no tenían agilidad, me las ingeniaba para tocarlo medianamente bien, con ciertas adaptaciones. Mi tripulación era tan eficiente, y mis intelectuales estaban tan ocupados en sus respectivas labores, que ninguna cosa lograba inquietarme. Por el contrario, cuando me recostaba en mi cama a la manera humana, me placía sobremanera el rorido del mar que frotaba mi oreja contra la almohada, a impulso de la inercia de mi cuerpo. Tan sólo un solitario podrá entenderme...

Estos placeres profundos del espíritu, o simplísimos del cuerpo, devolvieron la paz a mi alma –o lo que de equivalente tengamos los perros-, y una mañana, recibí una tarjeta del capitán en la que me invitaba a cenar esa noche para que conversásemos sobre el nuevo nombre del barco, ya que al otro día llegaríamos a puerto. Así se acabó mi paz y mi descanso, y en la sobremesa el astuto marino me extendió un papel que solamente decía: Orden Capitalista Republicano Democrático. No recuerdo que me sorprendiera su nuevo ingenio, sino que repetí mi frase salvadora de momentos embarazosos: “Brindemos por ello”. Todas las copas se alzaron; conversamos larga y amablemente, y retorné a descansar, mientras un grupo de marinos montaba el nuevo nombre en popa y proa. Ya en la cama tomé el teléfono y, comunicado con el capitán, le pregunté por la actual denominación del helicóptero: –República –me dijo-. Colgué el

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

auricular y me dormí pensando en la plasticidad de la mente humana y en su capacidad innata para el engaño.

Al otro día entramos en el enorme puerto, pasando por debajo de un descomunal puente. Al momento divisamos la estatua más grande del mundo. Construida en metálica estructura cien años antes, se elevaba con sus cincuenta metros sobre el pedestal, que medía otros tantos. En su brazo en alto sostenía una antorcha eléctrica. Pequeños navíos surcaban las aguas y remolcadores hormigueaban a los lejos. Mi navío había sido alcanzado por dos helicópteros que portaban comisiones de recepción y, mientras avanzábamos, un coro de banderines empenachaban nuestros cortos mástiles.

Ayudados por remolcadores amarramos al fin y, ante nosotros, entre la niebla del anochecer, vimos la maravilla de aquella ciudad colosal, con edificios altos como montañas, cuyas agujas cuajadas de luces señalaban un cielo indefinido.

Los discursos de bienvenida fueron breves, aunque revestidos de formulismo oficial, y con algunas ponderaciones hacia abstracciones tales como “libertad”, “democracia”, “derechos humanos”. En realidad, todos sabíamos que la libertad no es un fin, sino un medio para arribar a algo, y que si no se da ese algo, como nobleza y bondad, la libertad se convierte en instrumento de explotadores y en palabra-mordaza para los incautos; que la democracia pudo haberse dado en un cantón de Suiza del siglo pasado, donde todos se conocían y votaban a un ser humano tal y como era, pero que en los Estados modernos, formados por millones de personas anónimas, la propaganda movida por los intereses encumbraba o reducía a cualquiera; el pueblo no vota a alguien que conoce, sino a una imagen propagandística, a una sonrisa, o a quien es suficientemente inmoral como para prometerle maravillas obtenidas sin esfuerzo. En cuanto a los derechos humanos, nadie ignoraba que un jefe del hampa tenía más y mejores influencias a su favor que un simple barrendero. Pero de los hombres aprendí a no exteriorizar fácilmente mis emociones ni mis pensamientos, y palabras amables cerraron el circuito luminoso, pero falso.

Al otro día, luego de algunas entrevistas multitudinarias de periodistas que literalmente cercaban mi hotel, pude escapar con unos pocos hombres de mi comitiva para recorrer la ciudad. Era verdaderamente enorme, pero muy ruidosa, desordenada y sucia. El crisol étnico caldeaba a los componentes de diferentes razas, pero no llegaba a fundirlas entre sí. Portorriqueños, chinos, negros, italianos, vivían en barrios separados y sus contactos eran más conflictivos que fraternales. Cada grupo exageraba sus propias características hasta el ridículo, y lo que formalmente era metrópolis cosmopolita, en su intimidad no pasaba de constituir una aglomeración monstruosa de elementos irreconciliables. La libertad, sin ideales que superasen el confort material y ciertas reglas de noble convivencia, no siempre observadas, había parido una introversión individual que la cercanía física no podía superar. Jamás vi tanta gente sola en compañía.

Nosotros, los perros, cuando nos encontramos por la calle, nos peleamos o nos amamos. Los humanos de esta gigantesca urbe no hacían ni lo uno ni lo otro, sin ser por ello mejores que nosotros. Un atavismo ingénito me reconcilió, sin embargo, con la ciudad, pues en ninguna otra parte vi tanto amor por los canes, aunque ese amor era la

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

forma de verter en seres inofensivos un cariño para el cual no se encontraba humano capaz de merecerlo.

Una tarde visitamos el edificio más alto del mundo, en ese tiempo. Construido hacía más de treinta años, erguía su cúpula a más de cuatrocientos metros de altura, y era una obra realmente colosal. Desde su mirador, que se elevaba por encima de las neblinas que cubrían las calles, el espectáculo daba vértigo, pues las ondas de neblina corrían, contorneándolo, de manera que enfrentando su dirección parecía proa de navío, y del lado opuesto una popa que dejaba confusa estela. El edificio, obviamente, permanecía inmóvil, pero la ilusión estaba tan lograda que me hizo reflexionar sobre tantas y tantas cosas que nos parecen inmóviles y que no son más que rocas enhiestas en medio de la vorágine del movimiento. Avances, retrocesos, en realidad son falsedades simuladas por las cosas inmóviles. ¿Es el universo el que corre a la vista del alma, o es esta viajera del universo? Una pregunta infantil que hará sonreír a los filósofos, pero no podrán contestar satisfactoriamente. Es que, así como Möassy brinda cuando no sabe qué decir, los humanos sonríen...

Invitado a realizar un extenso recorrido por ese gran país, recuerdo algunos aspectos que me impresionaron. En principio, la ciudad no tenía mayor relación con el resto, ya que cada región poseía una idiosincrasia propia. Las gentes de urbanizaciones menores y más racionales eran extremadamente amables y bondadosas, con un altísimo nivel de vida y una inclinación natural hacia la convivencia humana casi pueblerina.

Sin embargo, el problema estaba en la juventud: había alboreado una apatía expectante y una admiración enfermiza por todo lo extranjero y lo exótico.

Los motores morales que habían convertido a una aglomeración indefinida de traficantes, bandoleros y tramperos en la potencia mayor que vio el mundo en el último siglo estaban, si no rotos, por lo menos trabados.

El confort material, que antes había sido un accesorio agradable, se había convertido en algo imprescindible; transformada ahora en una sociedad de febril consumo, los consorcios económicos explotaban las debilidades del pueblo, y el movimiento de dinero había ahogado el movimiento de ideas.

Un culto suicida hacia la tecnificación, con sus estadísticas y sus planeamientos, había reemplazado los elementos humanísticos, y la juventud, si bien hastiada de todo ese girar en falso, no lograba canalizar ninguna inquietud positiva por falta de energía. Una gran abulia había desembocado en pereza espiritual, y las concepciones de la juventud se estiraban y encogían como grandes gatos negros en todos los tejados intelectuales. Un cierto complejo colectivo de culpa inhibía las audaces empresas y hacía tender a los más jóvenes a la sobrevaloración de las formas de vida menos desarrolladas. Los jóvenes imitaban gustosos los atuendos de los guerrilleros “simbas” o de los pieles rojas, pero jamás hubiesen aceptado vestirse de filósofos griegos o de guerreros romanos.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En la capital dormían, en su sueño de mármol monumental, las imágenes de los grandes forjadores de esta nación, pero la juventud, sutilmente minada por sistemas de propaganda subversiva, se inclinaba a criticarlos despiadadamente y a superponer a esas imágenes –que en sus frutos habían demostrado ser buenas semillas– las de guerrilleros de moda que, como las mujeres que describe Schopenhauer, tienen largos cabellos y corta inteligencia. El que esos guerrilleros no hubiesen podido cambiar en un solo grado la marcha del mundo, y el que esas ideologías izquierdistas, en cada lugar en que habían sido aplicadas, hubiesen demostrado ser absolutamente ineficaces, no llegaba a conmover a las almas adormecidas, que tan solo se expresaban con sentimientos de incomodidad e inconformidad, pero sin proponer ni ejercitar solución práctica alguna.

Recuerdo, entre muchas, dos experiencias que extraje de mis conversaciones con los más jóvenes.

Una vez, en un museo de una gran ciudad del oeste, encontré a un joven que anotaba en un cuaderno datos y datos que le sugería el estudio de unos vasos griegos áticos. Me sorprendió su dedicación, pero aún más el que llevase, como los indios, una vincha y una pluma en la cabeza. Su erudición sobre el tema tan clásico no coincidía con ese culto a los cazadores de la llanura. Le interrogué al respecto. Me dijo que era un amante de la verdad, y, como entendía que aquellos indios practicaban ese mismo culto, llevaba una pluma de águila fijada en su frente para señalar que amaba la verdad. Me alejé, confuso; en mí se mezclaba un sentimiento de dulce esperanza con la cruel realidad de esa protesta individual, inocente, inmensamente válida y, a la vez, absolutamente impotente. Ese joven era un germen de una nueva Humanidad más pura, más espontánea, y a la vez más sujeta a las normas que son las bases mismas de la civilización; pero, al mismo tiempo, era el símbolo de una frustración, de un grito desesperado de soledad en las tinieblas...

El otro caso que registra mi memoria es de índole contraria. En un parque cubierto de césped, había visto yo durante varios días a un joven harapiento y con abundantes cabellos y barba hirsuta. Su aspecto, en general, era de un filósofo, un pensador. Su figura permanecía estática, sentada en su posición oriental del loto, llamada padmasana.

Me acerqué a preguntarle en qué pensaba. Entreabrió sus ojos y, en un lenguaje más crudo que el que es de mi gusto y aquí utilizo, me contestó que meditaba sobre cuánto podría valer su peso en estiércol humano. Asombrado, erguí imperceptiblemente mis orejas y, antes de que mis acompañantes le interrumpiesen, seguí interrogándole de la manera más natural posible de dónde sacaba él importancia a tal tema, destacando que, incluso, como abono natural, el valor variaría en distintos lugares de la tierra.

Me mostró entonces una libretita donde cuidadosamente había anotado las cotizaciones. Inútilmente traté de hacerle ver que su “meditación” era tonta, carente de sentido, y que, imaginándose a sí mismo como un detrito, se identificaba con tal baja naturaleza, degradándose. Su respuesta fue dolorosamente irracional; para él toda la Humanidad estaba hecha de excrementos; lo que pasaba era que nadie lo percibía. Se sentía importante y valeroso de expresarlo y meditar sobre ello...

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Le dejé haciendo sus cálculos absurdos y pensé cuánto bien le haría trabajar duro la tierra, o cavar en una mina, en lugar de permanecer allí, ocioso, acunando los engendros monstruosos de sus ideas circulares. Al alejarme, le eché una última mirada; era la imagen misma de la derrota; seguía sentado, anotando meticulosamente las mil caras de sus fantasías en forma de excrementos.

Pero estas eran excepciones, aunque desafortunadamente publicitadas hacia el extranjero. La gente vivía bien y era asombrosamente sana de cuerpo y de alma. Unas quimeras del siglo XIX, unas abstracciones que habían servido de acicate a hombres robustos, eran las que, sencillamente, minaban las bases del Estado más poderoso del mundo. Habían creído en una utópica libertad absoluta, y esa creencia contra natura se cobraba en los frutos amargos de un descreimiento general en los valores permanentes, que afectaba a la juventud. Como otra cara del materialismo de contradicciones, el materialismo de superposiciones había fracasado en aquello más importante: el espíritu del hombre.

Lo extraordinario del caso es que, cuando en mis conferencias señalaba estos peligros, todos estaban de acuerdo, pero luego seguían maquinalmente sus caminos sin encarar acción alguna para detener la carcoma. El horror a la tiranía que habían elaborado a partir de sus ascendientes, refugiados del viejo continente, les había precipitado en la forma peor de la tiranía: la de los muchos.

Las dos superpotencias que había visitado sucesivamente no eran contrarias más que en sus formas de vida y en sus abstracciones. En lo ideológico se acoplaban más que se complementaban. Las potencias regeneradoras del espíritu no existían en ninguna de las dos; ambas renegaban de sus tradiciones, y ambas fomentaban, de distinta manera, la disolución de los elementos armilares de la sociedad. Ambas habían combatido de mil formas a los movimientos basados en la mística y en la tradición, y de igual modo habían apoyado y dado acogida a dirigentes liberaloides y a los bandos que enarbolaban las banderas rojas y negras del anarquismo ateo.

Hoy pienso que ambas perecerán juntas, y que tal vez no podrían sobrevivir la una sin la otra, salvo que cambios profundos de las estructuras retornasen a esos pueblos nobles al sendero natural y los liberasen de las tiranías de partidos, clanes, consorcios, trusts, encendiendo las apagadas antorchas de sus juventudes, haciendo chispear junto a ellas el chocar energético de la piedra de las tradiciones ancestrales contra el hierro de la ideología, no solo nueva, sino mejor.

Cuando regresé a la gran ciudad, la vi aún más gris, y un sol tímido, temeroso de ser Sol, avergonzado de su propio brillo, despidió la masa blanca de mi navío que, a toda máquina, se lanzó a las aguas del Atlántico.

De ese viaje saqué muchas preguntas, y una sensación de inestabilidad se había posesionado de mí. Retorné a mis clásicos, y, como siempre, ellos me dieron respuestas y paz.

De mi última visita, mis acompañantes habían extraído una alegría infantil, brillante pero superficial. Urgía que viesen otros panoramas diferentes. El viejo perro que siempre se albergaba dentro de la apariencia del doctor Möassy no se dejaba engañar por lo exterior; nosotros olisqueamos muchas veces algo antes de aceptarlo o rechazarlo, pero ellos eran humanos. Habían perdido sus atávicos instintos sin ser reemplazados aún por la intuición; y así, no conociendo lo mejor, se conformaban con lo nuevo, que suele llegar y hacerse anunciar en su nombre. Era evidente que la repetición sistemática de la palabra “libertad” había penetrado en sus conciencias, y una suerte de casi imperceptible desorden se insinuaba por todo el barco.

Algo desconcertado, medité sobre ello en mi camarote, desnudo, con mis cuartos echados de costado, el pecho contra el suelo y la mandíbula blandamente apoyada sobre mis manos, que tal es la posición en que nos colocamos los perros para analizar lentamente algún problema. Así me dejé estar no sé cuánto tiempo.

Sí, recuerdo que la luz se hizo paulatinamente en mi oscura inteligencia de can. El Enigma se había comprometido desde el comienzo del tiempo con cada una de las innumerables criaturas, y la más esencial de las libertades era, precisamente, renunciar a ella en el compromiso fraternal que ensambla el cosmos. De la limitación de una cosa, nace la otra; pero el espíritu pasa cantando de vaso en vaso, como el agua. El secreto del canto está en ese trasvase continuo y optimista, y la única noción de eternidad para los seres manifestados es la continuación del canto y la espera del gran silencio que ha de seguirle, cuando todos los vasos estén rotos. Del polvo de los mismos nacerán nuevos vasos, y de los nuevos vasos, nuevos cantos. ¿Después...? ¿Qué puede saber un perro sobre eso? Pero lo que había comprendido me bastaba.

Llamé al capitán y le di órdenes precisas de proporcionar ocupación a todos; le di un nuevo rumbo y un nuevo destino. Aquel hombre desconcertante me obsequió con su fría sonrisa y me dijo: “Esperaba esas órdenes, doctor”. Tras una rápida inclinación, se alejó sin dejar de sonreír.

Poco después noté que mis acompañantes retomaban su ritmo de trabajo, y yo mismo mi tranquilidad habitual. Pero, ahora que pasó tanto tiempo, lo confieso: cada vez que mis ojos se cruzaban con los del capitán, nacía la terrible sospecha de que quien se anticipaba así a mis propias e inesperadas decisiones pudiese conocer mi gran secreto. Tal vez él sea el único que no se asombre cuando lea estas páginas, o tal vez sí. De los muchos enigmas con los que muero, él es uno de los más grandes. Quizás, en la caseta negra que me espera halle esa respuesta, aunque mi instinto perruno me dice que la hallaré vacía. Que más que una habitación será como un puente que tendrá dos puertas, y que no saldré de ella muy diferente de como voy a entrar. Si el futuro es hijo o nieto del pasado, por la ley que rige todas las descendencias, lo más probable es que se le parezca. La sorpresa, como el hueco de un cántaro, disminuye a medida que el

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

agua de la asimilación de la experiencia llena la vida. La sorpresa y el asombro filosóficos son tan semejantes y antitéticos que, aunque no lo hubiese explicado Platón por boca de Sócrates, hasta yo mismo me atrevería a hacerlo. Pero mi tiempo en este mundo se acaba, y es necesario que termine la narración de mi increíble vida.

El viento, cada vez más frío, me recordó que nuestra ruta austral nos acercaba a un nuevo destino. Bien arropado, me dirigí a proa, donde el capitán estaba haciendo colocar en su orden necesario las iniciales del nombre de mi buque. Anticipándose, como siempre, a mi curiosidad, me extendió unos folios donde figuraba la denominación: Operativo De Reforma Campesina. Sintiendo la inutilidad de mi pregunta, le interrogué sobre el nombre actual del helicóptero, y escuché lo inesperado:

–Se llama Reforma, doctor Möassy.

Ya casi hastiado de mi propio juego, giré sobre mis patas traseras y volví a encerrarme en mis aposentos para no salir de ellos hasta nuestro arribo.

El Gobierno revolucionario de turno, luego de asegurarse de que mi estancia le permitiría facilitar nuevas refinanciaciones de su deuda externa, a través de los contactos con los poderosos economistas que me acompañaban, comunicó la bienvenida.

El país a visitar era uno de los tantos formados por la desintegración del viejo imperio español en América. Desde entonces, revolución tras revolución, se habían encumbrado diferentes “salvadores de la patria”, alternados con períodos de imitación de la gran democracia del norte, tanto o más desastrosos que los tiránicos, llamados revolucionarios y reformistas. Durante esos lapsos “legalistas”, parlanchinas cámaras de representantes, a pesar de sus ineptitudes, no habían podido aplastar la pujante fuerza de las incalculables riquezas naturales, siempre bien pagadas por los países más viejos y superpoblados. En eso les llevaba ventaja la forma “revolucionaria”, pues el país, potencialmente riquísimo, estaba sumido en una desesperante pobreza, engendradora de violencias y revanchismos de todos los colores.

Al llegar mi nave, pude apreciar un puerto bien montado, donde reinaba, sin embargo, poca actividad. O mejor dicho, una forma tan lenta de actividad que lograba disimularla a primera vista. Al fondo, los altos edificios hablaban de épocas mejores, cuando las guerras europeas permitían vender los alimentos o el combustible a precio de oro. La paz mundial le era evidentemente desastrosa a aquella comunidad, que gastaba más de lo que producía si lo colocaba en el mercado internacional a precios de competencia.

Los representantes del “salvador de la patria” que por aquel entonces regía los destinos del país me recibieron enfundados en brillantes uniformes, en donde las condecoraciones casi no dejaban ver el color del paño. Eran, sin embargo, gente amable, alegre y deseosa de mostrarme sus logros a toda costa. Junto a los personajes que me acogieron, comisiones escolares y delegaciones diversas ponían su tono de buena voluntad que, aunque no se me escapaba que era forzada por un curioso protocolo, tuvo la virtud de predisponer buenamente mi ánimo. Los perros siempre fuimos proclives a

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

confraternizar con los niños y los humildes. Pero mi empaquetadura humana me forzó a las rigideces de rutina. Mis acompañantes acordaron una cena oficial, y coches inesperadamente lujosos me llevaron a un hotel en donde los toques típicos no alcanzaban a cubrir sus características totalmente extranjeras, construido y atendido para los turistas y portadores de divisas, de las que tanta necesidad había.

En la cena de gala conocí a los amos de esa revolución, casi todos emparentados por lazos de familia o de interés. Su deseo de halagarme me resultaba molesto, y muchas veces me abstraía en la contemplación del vuelo de las moscas, una perruna afición que no pude superar jamás. Me divertía la idea de lo que pensarían mis compañeros de mesa si me hubiese abandonado a la tentación de echar un bocado a las que más se aproximaban a mi cabeza. Creo que me sonreí ante esta idea varias veces, pero nadie lo tomó a mal, pues pensarían que lo hacía porque estaba a gusto.

Una pregunta me sorprendió:

–¿Qué opina, doctor, del Tercer Mundo?

Sólo atiné a contestar:

–Que es la lógica continuación del Primero más el Segundo.

Un estrepitoso coro de aplausos por poco me hace salir de mi silla y, reaccionando rápidamente, decidí prestar más atención al banquete.

Así me enteré de que se había programado, con mi comitiva, un viaje por el interior para que apreciase el “desarrollo”. Se me explicó de qué manera la revolución había hecho retroceder el imperialismo extranjero, reivindicando al trabajador y distribuyendo las tierras en un vasto plan de “reforma”, y cómo existían enemigos de la “revolución”, que trabajaban en su contra con el apoyo de intereses apátridas. Se exaltó lo nacional y se denigró lo ajeno; pero tal vez alguna involuntaria expresión de mis acompañantes economistas les hizo hacer la salvedad de que no se referían a nosotros, pues nos consideraban “revolucionarios y reformistas”. Acabé el monólogo, que se estaba haciendo tenso, elevando mi copa y recurriendo a mi “¡Brindo por ello!”... Todos de pie apuramos un champán, por supuesto importado, y quedamos en libertad.

Los días siguientes nos mostraron a un grupo de idealistas, con mejor intención que eficacia, luchando, por un lado, contra los agentes de las superpotencias, que veían en el rico país, empobrecido y vacilante, una oportunidad de extender sus tentáculos, y por la otra parte, contra el núcleo gobernante, plutócratas afectos a la buena mesa, a las expresiones multitudinarias y a empezar muchas obras sin terminar ninguna. Así se pudrían maquinarias rusas junto a montones de repuestos norteamericanos; locomotoras japonesas que no se encajaban en vías alemanas, y armas checoslovacas arrumbadas junto a cajones de munición francesa. Inmensos hospitales estaban casi vacíos, y en lejanísimas montañas campeaban modernas escuelas a las que no asistía ningún maestro. Sobre los destartalados autobuses de las ciudades pasaban raudos los pocos inútiles “cazas supersónicos”, los cuales, carentes de adecuado mantenimiento y habiendo sido

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

adquiridos de tercera mano, volaban tan solo para convertirse en más chatarra a los pocos meses.

Algunas ciudades modernas y bien trazadas estaban acordonadas por cientos de miles de casuchas de lata y ramas. Estas “villa-miseria” se cambiaban de lugar periódicamente, entre gran aparato de propaganda, y se las rebautizaba como “barrios-obreros” o “urbanizaciones”, comenzadas siempre con cemento y una marmórea piedra fundamental y “acabadas” con cañas y paja. En las ciudades, miríadas de mendigos; y los campos, despoblados, pues la “reforma agraria” había fragmentado la fuerza de la mano de obra, y sin una cabeza organizadora, los numerosos brazos preferían inclinar una botella de alcohol antes que los mangos de un arado que, por ser de todos, ya no era de nadie.

Aprecié cómo el hombre, al igual que nosotros, los perros, prefiere el menor de los placeres o logros si lo puede disfrutar en paz y a discreción, a los más retumbantes triunfos huecos de calor, subjetivos y prefabricados para justificar una máquina de propaganda, a la cual el pueblo siempre obedece, pero jamás comprende; así como también los perros obedecemos a los látigos, aunque nunca los entendamos. Y ¿no es la propaganda, en manos de estos “revolucionarios”, un gran látigo que empuja sin explicar y que avergüenza sin terminar de herir?

Mis conversaciones posteriores me convencieron de las buenas intenciones de muchos de estos “reformistas”, pero también me hicieron ver las limitaciones a que les sometía una elaborada mitología autóctona, siempre alentada por los activistas y los bandidos retitulados “guerrilleros”. En fin, que todos hablaban mucho, planificaban más y promovían drásticas violencias, no solo desde la tribuna política, sino hasta en la cátedra universitaria y el púlpito religioso; pero nadie quería trabajar seriamente ni aceptaba construir fuentes de riqueza, siguiendo la vieja ley de una causa-esfuerzo que precede a un efecto-logro, prefiriendo soñadas reivindicaciones y nacionalizaciones de minas, campos y fábricas, que los extranjeros se apresuraban a negociar por haber dejado de ser productivas y rentables. Así, entre bombos y platillos vi “nacionalizar” capas de petróleo inaccesibles o empobrecidas; campos erosionados por un cultivo intensivo y monotípico; transportes que ya ninguna compañía aseguradora internacional hubiese querido cubrir con pólizas normales. Y mientras se ponía tanto celo en dar tinte nacional a esas soñadas riquezas, la verdadera, la juventud, era abandonada en las manos de los activistas extranjerizantes. El resultado estaba a la vista.

Un ministro me preguntó:

–¿Qué opina, doctor, de nuestras nacionalizaciones? Dentro de poco no importaremos nada...

No quise engañarle; abrí mi corazón sencillo de perro y le dije:

–Eso último no lo sé... pero sí que pronto tendréis que importar ideólogos e ideologías. Defendéis rudamente unos campos semiestériles o mal cultivados, pero abandonáis la maravilla de vuestra juventud, que es vuestro futuro, en manos extran-

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

jas. Artistas, escritores, filósofos, están siendo captados uno a uno por doctrinas y maestros foráneos. Habéis enseñado al pueblo a gritar, pero no a trabajar. Mientras que los pueblos civilizados que despreciáis han olvidado las alpargatas, vuestros niños van descalzos y los calzáis con palabras, los arropáis con quimeras, los cubrís con mitos y promesas de un futuro que siempre es futuro, jamás presente... No os pido perdón por mi franqueza, sino por habérmela callado tanto tiempo.

 Mi interlocutor guardó silencio, pero luego, seguramente, comentó mis palabras con alguno de los señorones del “Gobierno reformista”, pues pocos días después se me invitaba muy amablemente a seguir viaje.

 Y así los dejé con sus sueños, con su futuro sin presente, con su pasado sin presente. Y a regañadientes de mis asesores económicos humanos, que habían visto la oportunidad de algún buen negocio basado en cuentas numeradas, di la orden de partir de inmediato. Mi buque zarpó de noche y en silencio, como una ocasión que se va.

 Ya en altar mar tuve que soportar las críticas amargas de mis acompañantes, que me acusaban de falta de tacto diplomático. Tuve que recordarles que les pagaba demasiado bien como para que trataran de aprovechar mis viajes para explotar a los pueblos engañados. Luego me consolé a solas, considerando que los perros no tendríamos una viva inteligencia, pero que nuestro simple corazón lo compensaba con creces. Sentí orgullo de ser perro.

 Una observación de mi capitán me sobresaltó:

 –Doctor –me dijo–, perdone que le exprese que su reacción no fue del todo humana...

 Y mi inquietud no provino tan solo de sus palabras, sino de su sarcástica sonrisa.



MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

MI QUINTO VIAJE

Las últimas alternativas me habían separado psicológicamente de mi tripulación humana, y recuerdo la extraña sensación de abatimiento contra la que tuve que luchar largamente. Creo que lo que me alejaba de mis compañeros de aventura no era precisamente mi condición de perro, sino que, a fuerza de fingirme humano, esa máscara se me había incrustado de tal manera que provocaba una lucha dentro de mí. Mi carácter apacible y contemplativo me había abandonado, y ni bien cogía un libro cuando ya lo cambiaba por otro. Apenas sentado ante mi órgano electrónico, se me ocurría reordenar las vitrinas del museo, o tirar al blanco, con pistola, sobre cubierta. Imagino que los hombres se sienten así generalmente y de allí nacen sus aparentes contradicciones, que lo son si no las comparamos ni las superponemos. Cada momento tiene su valor, su atractivo y su rechazo, y el que le sigue puede parecerse tanto como la oscura noche que continúa al más claro de los días.

Así, di al capitán un rumbo incierto, con la excusa de que mis científicos pudiesen recoger muestras de fauna y flora marinas; mientras tanto, esperaba del tiempo mi deshumanización.

Recordé una enseñanza extraída de una consulta que a un oftalmólogo había hecho tiempo atrás. Mi sabio Maestro me enseñó a entresacar pepitas de sabiduría aun de las arenas más comunes y estériles. El mencionado profesional, al cual yo había ido para tratarme de unas manchitas que, flotando en el líquido ocular, se me aparecían en cualquier lugar en que fijase la vista, me dio el siguiente consejo:

—Doctor, procure no prestarles atención y mire lo que quiera ver directamente; si retira su atención de ellas, no las verá.

Y, efectivamente, no las volví a ver, salvo cuando las recuerdo.

A partir de entonces me dediqué a los trabajos más rutinarios, a mi correspondencia, siempre frondosa, a caminar por la cubierta y observar el vuelo de los cormoranes, despreocupándome de todo lo demás. Olvidé, de momento, la finalidad de mis viajes y mi propia búsqueda. También olvidé mi comitiva y dejé al eficiente capitán encargarse de todo.

Con el correr de las semanas, mi perro interior volvió a aflorar. No esperando nada del día siguiente, vivía el que me tocaba plena y tranquilamente. Recobré mi buen humor y mis costumbres sencillas. Pude volver a dedicar a mis libros y a mi órgano largas y no contadas horas. Y en la soledad de mis cámaras, me echaba de bruces en el suelo y resoplaba apaciblemente sin saber qué día ni qué hora era. Comía cuando tenía hambre y dormía si mis párpados se tornaban pesados, no teniendo en cuenta si el sol estaba alto o si las ajorcas de las estrellas temblaban sobre mi buque.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En el seno de esa libertad volví a encontrar la obediencia a mi destino. Sólo entonces me dirigí al puente de mando y solicité al oficial de cubierta la presencia de mi capitán. Siempre sonriente y atildado, penetró silenciosamente y, sentándose junto a mí, frente al panel de mando, se dedicó a imitarme en la contemplación de un mar embravecido, cuyos húmedos cabellos restallaban contra los cristales circulares, transparentes y limpios por el movimiento del mar. Tras un tiempo, cuya duración ya no puedo recordar, me preguntó si consideraba que los equipos científicos habían encontrado lo que buscaban. Distraídamente hojeé el grueso cartapacio de informes y me dirigí a la mesa de derrota, señalándole como rumbo el que conducía al continente negro. Sin más comentarios, dio las órdenes pertinentes y nos enfrascamos ambos en la contemplación del ojo verdoso de la pantalla del radar. Una tormenta se había desatado ferozmente, y después de precisarle el puerto de arribo y mi intención de volar en helicóptero hasta una de las nuevas pequeñas repúblicas centrales, me retiré caminado dificultosamente por los pavorosos rolidos.

Apenas llegué a mis cámaras, el teléfono interno me trajo la voz metálica y serena de aquel hombre imperturbable:

–¿Le parece bien que su nave se llame ahora Raza Oprimida De Color?

–Sí –le contesté–. Pero ¿cómo se llamará el helicóptero?

Al cabo de un corto silencio, me contestó por primera vez:

–Deme usted más tiempo; aún no lo sé.

Colgué el auricular y jadeé una larga risa. Por fin, mi omnisapiente capitán no había podido contestarme. Creo que ese era el detalle que necesitaba para recobrar mi natural alegría. Los humanos me habían comunicado la diabólica virtud de festejar cualquier fracaso de los otros. Al darme cuenta de ello, al día siguiente busqué al capitán y, palmeándole afectuosamente, le dije que, dado el mal tiempo, no quería que se levantasen de las bodegas los helicópteros hasta que amainase y yo diese la orden. Aquel hombre frío, que estaba preocupado por no poder cumplir de momento con su parte del juego, me miró con agradecimiento. Entonces supe que también él era sensible, y traté de no olvidarlo jamás. Es que, a veces, no recordaba que los humanos usaban máscaras de rigidez para ocultar un interior más tierno. Desde luego, mi capitán no podía ser la excepción, aunque lo parecía.

Cuando la tormenta hubo pasado, llamé al capitán y mandé sacar los dos helicópteros de las bodegas; el mío personal llevaba en su flanco la palabra Racismo. Sorprendido, hice notar que esa denominación podía parecer ofensiva a quienes, precisamente, luchaban por superar las diferencias del color de la piel. Tras su enigmática sonrisa, el capitán me aseguró que no causaría mala impresión, y antes de tener tiempo para más preguntas, aquel hombre singular desapareció de mi vista con su sempiterna sonrisa en los labios. El futuro le daría la razón. Mi instinto –lo reconozco– se quedaba a veces corto frente a su astucia. Es que, tal vez, nunca pude entender a los hombres.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Recuerdo que la entrada en el puerto me fue particularmente agradable, pues a la belleza tropical uníase el típico colorido de trajes e instalaciones modernas y bien acondicionadas. Pero el Estado que me recibía no era de mi momentáneo interés, pues allí florecía una administración de tipo europeo que no me permitía apreciar, en su marco adecuado, las características de un nuevo país conformado por hombres de color. Así es que, tras los breves discursos de bienvenida y los festejos que los hombres blancos hicieron del nombre del helicóptero y los negros del de mi barco, sin conflicto aparente –ya que lo ideológico estaba allí sumergido por lo económico–, ascendí al aparato con una docena de mis acompañantes, mientras en el siguiente volaban delegados de la nación a visitar.

Creo que la rapidez con que hicimos el desembarco y remontamos vuelo impidió todo comentario hostil. A veces la velocidad no solo vence el equilibrio, según reza la conocida ley de la mecánica de los cuerpos, sino que triunfa también sobre los desequilibrios, por lo menos en lo psicológico. Allí aprendí que, para ser bien recibido por todos, no hay cosa mejor que irse de inmediato.

Desde el aire pude comprobar que la imagen de progreso y civilización ofrecida por la zona costera era de inmediato reemplazada por la espesa vegetación virgen y los miserables villorrios. También sobrevolamos zonas áridas, de pedregales, en donde chozas y tiendas se asociaban a conjuntos verdes sorpresivamente pequeños.

Al verme pasar, los naturales elevaban sus brazos alegremente, y como buen recuerdo, íbamos dejando caer en paracaídas algunas cajas de alimentos y medicinas. La gran autonomía de mis máquinas nos permitió llegar en una sola etapa a la capital elegida. Desde arriba se la veía pequeña, bien trazada en el centro, pero rodeada de villorrios miserables. Me sorprendió, sin embargo, la alegría con que las gentes corrían a nuestro encuentro al desembarcar. Pronto comprendí que los movía más la esperanza de nuestros obsequios que el conocimiento que podrían tener de nosotros. Pero la actitud era más bien infantil y, por lo que pude ver más tarde, carente completamente de malicia. Como nosotros, los perros, eran gentes acostumbradas a correr, de gozo o de miedo. Eso lo comprendí yo más fácilmente que los muy endoculturados acompañantes humanos que compartían la experiencia.

El comité de recepción estaba ataviado con una extraña mezcla de elementos autóctonos, medallas europeas, camisas americanas y armas rusas. Pero todos sonreían. Los discursos destacaron el nombre de mi buque, aunque silenciaron el de mi helicóptero.

Varios días después, en un cómodo *bungalow*, me recibieron los altos dirigentes del minúsculo Estado. Mi tez, que nunca llegó a ser totalmente clara, debió de inspirarles gran confianza, pues se mostraron excepcionalmente amables conmigo. Me hablaron largamente de sus luchas en pro de la liberación de los blancos, a los que consideraban poco menos que demonios. Me felicitaron nuevamente por el nombre de mi buque y, ante mi sorpresa, también por el de mi helicóptero. Sin darme vuelta, yo podía sentir la sonrisa cínica de mi capitán que, algunos metros más atrás, con el resto de la comitiva, se mantenía prudentemente alejado.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Me explicaron que, ya superada la situación interna con la deportación de todos los residentes blancos, debían enfrentar el mundo circundante. Sus minas de diamantes y metales raros les permitirían negociar nuevos avances. Pero lo que realmente llamó mi atención fue que esas gentes, lejos de propender a un entendimiento humano más allá del color de la piel, soñaban, en verdad, con una revancha.

Para ellos, descartado el mito de la supremacía blanca, se imponía el de la negra. Argumentos sobre el crecimiento demográfico de los núcleos de color en los países occidentales alternaron con otros pseudocientíficos sobre la antigüedad de la raza negra, uniéndose a los descubrimientos geológicos que habían comprobado –por lo menos, ellos lo creían así– que los primitivos europeos habían sido negros y que el hombre fósil más antiguo también lo era.

Finalmente, entendí que los blancos, amarillos y rojos, eran nada más que mutaciones impermanentes de una raza negra ancestral poseedora de las claves genéticas del futuro. Profetizaban el exterminio total de todos los que no fuesen negros. Entonces supe que la palabra Racismo, ahora que estaban en el poder de su Estado, había cambiado de contenido. El antirracismo había sido la bandera esgrimida contra los blancos y que debería seguir enarbolándose en otras partes del globo; pero allí se imponía un racismo “constructivo” para reservar a los negros todos los puestos claves y los resortes del gobierno.

Se volvió a explicar esto muy largamente, no solo como un mecanismo de defensa contra el opresor blanco, sino como –y esta era la parte medular y casi esotérica de su teoría, apta tan solo para iniciados en ella– instrumento de un “poder negro” que debía reimplantarse en todo el mundo. Recuerdos de las redadas de esclavos se mezclaron una y otra vez con estadísticas genéticas y testológicas, psicológicas, sazonando todo con “informes confidenciales” antropológicos y arqueológicos.

No me atreví a contradecirles. Como niños con un juguete nuevo, comentaban todo esto, que podía ser semilla de algún futuro genocidio, sin dejar de sonreír. Para ellos el asunto era tan simple que les daba risa.

Traté de señalarles que el apresurado y violento éxodo de los blancos, aun de los que no consideraban el color de la piel como símbolo de estatus, de los misioneros, los médicos, había resultado desastroso para la pequeña nación, en donde la mosca tsé-tsé, por ejemplo, había recuperado zonas ya abandonadas en épocas de la reina Victoria, en el siglo XIX; también que, no pudiendo prescindir de los blancos, habían hecho marchar a aquellos bienintencionados y se veían obligados ahora a alquilar mercenarios atraídos tan solo por el interés y que dejaban esas tierras apenas cumplidos sus contratos.

No sé si fue por la suavidad con que esboqué estos argumentos, que aquí sintetizo crudamente, o simplemente porque me escuchaban como a la lluvia, que me explicaron alegremente que todo eso se iba a arreglar muy pronto, y que no querían blancos afincados largamente en sus territorios porque la convivencia con ellos traía enfermedades y vicios.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Insinué que una raza fuerte y superior no podría ser objeto frágil en manos de esos portadores; y no pude evitar algo de sarcasmo. Tampoco esto tuvo efecto en mis amables interlocutores, que reargumentaron estar momentáneamente débiles y permeables por culpa de la larga convivencia con el blanco.

Luego, se sumaron argumentos y argumentos. Esa gente era incansable en sus conversaciones, y casi todo era festejado con largas risotadas. Ya en hora de la madrugada solicité no irme sin visitar algunas poblaciones del interior, pero, siempre sonrientes, me negaron el permiso porque había guerrilleros blancos en esas zonas, lo que las tornaba peligrosas.

–¡Pues también los hay de piel oscura, que ponen bombas en aeropuertos de Europa! –exclamé, perdida mi paciencia ante tan cerril cerrazón mental.

Lejos de enojarse, estallaron en risas, explicando cómo esa gente lo hacía pagada por los intereses blancos, y que tal cosa era evidente, ya que en los propios aeropuertos ningún negro ponía bombas. No pude menos que sobresaltarme ante la perogrullada, pero prontamente se organizó un oficio religioso, mezcla de cristianismo protestante y ritos africanos, y todos cantando me acompañaron al hotel. Inexplicablemente, yo les caía evidentemente simpático y –lo confieso– les deseé al irme, de todo corazón, la mejor suerte; aunque racionalmente sabía que sus rutas apuntaban hacia enormes charcos de sangre que, de negros o de blancos, es siempre roja.

Recuerdo que en el viaje de regreso evité todo comentario con los miembros de mi comitiva y guardé un triste silencio mucho tiempo. No quería escuchar las opiniones de mis acompañantes, pues las presentía de signo contrario a las oídas, pero de parecido fanatismo y estupidez, que, aun ilustrada, no deja por ello de serlo.

Puse otra vez mi barco a realizar tareas oceanográficas, y permanecí más de un mes en mis aposentos, desnudo y enroscado sobre mí mismo, con los ojos entrecerrados, alimentándome apenas y durmiendo todo el día. Esa es la posición con que los perros señalamos nuestro aburrimiento; y yo ya estaba aburrido de los hombres.

Hoy quisiera creer en aquella fábula de Ovidio que dice que los animales tenemos un paraíso distinto al de los humanos. Y, sin embargo, sé que sin sus voces me encontraría terriblemente solo. Aun en estos momentos, cuando me llegan sus murmullos a través de las gruesas paredes de mi estudio, se enderezan imperceptiblemente mis orejas y muevo mi inexistente rabo. Y es que, aunque jamás pude comprenderlos, nunca he dejado de amarlos. En verdad, para los perros no es el intelecto lo fundamental, sino el amor. Y amamos inexorablemente a los humanos.

Haz la prueba, lector; crúzate por la calle con el más desconocido de los canes, y verás cómo festeja tu paso como el de un viejo amigo. No te comprende, pero te ama. ¿Podrías decir lo mismo de algún ser humano? Tal vez sí... Entonces, no pierdas tu fortuna.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Pero el tiempo muerde mis patas traseras y me impulsa a seguir con este relato; me fuerza a avanzar apresuradamente y, en desordenado montón, ofrecerte mi tesoro de experiencias. Es el tesoro de un perro... son tan solo los huesos de cosas que pasaron... Acéptalas así, descarnadas y secas. Es todo lo que pude guardar y las extraigo cavando en la tierra removida de mis recuerdos. Cuando mis pozos estén vacíos me iré; ten paciencia conmigo.

Cuando llamé a mi capitán y le di rumbo de Extremo Oriente, noté que su sonrisa se acentuaba. Él no desconocía que mi supuesta familia había tenido lazos estrechos con aquella parte del mundo, y tampoco ignoraba que los clásicos orientales constituían mis favoritos.

Pero mi viaje no era en ese momento al pasado, sino al presente. El extraño fenómeno de la supervivencia de formas culturales milenarias, y el mutuo intercambio de penetraciones con el mundo circundante, constituía para mí una experiencia nueva, largamente soñada y vagamente temida. Aquel profesional, que llevaba navegando toda su vida, no encontraría sorpresa en parte alguna a la que le llevase, pero mi óptica era diferente a la suya, y cada cual debe tener su propia experiencia. Así es que, sin más consulta, le indiqué un puerto del sur asiático como meta, recomendándole la preparación de los helicópteros para largos viajes por el interior.

Esa noche, contemplando a solas las estrellas, supe que ya habíamos puesto la proa hacia el noreste. Una sombra silenciosa a mis espaldas me hizo girar y encontrarme con el capitán.

–Doctor, tengo nuevo nombre para el navío; deseo saber si lo aprueba –me dijo.

Ante mi gesto de aprobación, mandó encender las luces de toldilla y extendió la documentación bosquejada.

Leí: Camino Renovado De Oriente. Me pareció bien, pero antes de que se alejase, le pregunté por la denominación del helicóptero. Esta vez no había duda en él, y, en un tono más bajo que el de costumbre, dijo: Rama. No pude ocultar mi estupor, pues el nombre del viejo dios del Ramayana era lo más insólito que podía haber esperado de sus labios. Gozando evidentemente de mi desconcierto momentáneo, recalcó:

–Y no crea que he espiado los libros de su biblioteca; yo también tengo la mía, no mal surtida. Lástima que ya no se encuentre un Anumán que, abriendo su pecho, muestre sobre su corazón el viejo nombre de Rama, ¿verdad?

Oído lo cual, aunque me repuse exteriormente, mis dudas interiores sobre aquel extrañísimo humano se agigantaron, pues no era de esperar de su cinismo y empacada –por no decir trágica– superficialidad y nihilismo, tales conocimientos de viejas exóticas religiones. Ya no recuerdo qué otras palabras intercambiamos, pero una extraña sensación, como de estar en presencia de lo desconocido, se sumó a las otras que me inspiraba el más alto oficial de mi barco.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El puerto al que llegamos estaba congestionado de navíos. Era evidente que la enorme población de aquel subcontinente requería un intercambio muy vivo, y que las bocas de entrada marítimas no eran muchas.

En el momento de mi viaje, los destinos de ese país estaban regidos por una mujer, y no pude menos que sonreír al recordar que uno de los libros más antiguos de ese pueblo ponía al sexo femenino en el más relegado de los lugares en todo lo referente a lo terrestre, aunque, con respecto a lo divino, las Diosas-Madre eran de antigua fecha. Era palpable que la tradición y el presente, aunque a los ojos de los extranjeros siguiesen fuertemente enlazados y tal vez así fuera en el estrato popular, en las esferas oficiales y políticas se habían divorciado en más de un aspecto.

Esta característica fue el tema más resaltado por la comisión de recepción que me recibió, pero jamás llegaron a convencerme de que eso fuese signo de pujanza hacia el futuro. Encontré en todos los funcionarios una extraña mezcla de amor y de rechazo por el propio pasado; un querer salvar el espíritu despreciando las formas, sin contemplar que estas también habían sido bellas y eficientes. Y no me refiero a la prioridad de uno u otro sexo, ni a sus equivalencias, sino a asuntos de más peso.

Esa dicotomía, ese no atreverse a vitalizar la tradición en su totalidad posible y el querer mostrarme en primer lugar los avances tecnológicos logrados, por lo demás de relativa cuantía, fue bastante molesto en las reuniones de alto nivel a las que asistí. Ignoraban u olvidaban, de momento, que yo venía de un mundo altamente tecnificado y con una economía desarrollada y que, tanto para mis acompañantes como para mí, no podían ser objeto de positivo asombro instalaciones modernas, que eran, por otra parte, verdaderos islotes en un mar de millones de seres famélicos y miserables. Me desembarqué lo antes posible de esos calcos de Occidente y, con una pequeña comitiva, empecé a recorrer diferentes ciudades y a intimar con innúmeras personas.

Lo primero que sobresaltó mi instinto de perro fue el contemplar de qué manera, en un país en el cual, en la mayoría de sus provincias, se respetaba totalmente la vida animal, se le tenía, sin embargo, una despiadada estima. No se les mataba, pero pocos eran los que se preocupaban de cómo vivían.

No penséis en aquel gran país como en un todo, sino como en un mosaico casi feudal, con costumbres y credos diferentes; pero en lo referente a los animales, aun a aquellos considerados sagrados en varios lugares, se les enjaezaba e inciensaba más de lo que se les cuidaba. He visto por todas partes miríadas de descarnados congéneres trotando continuamente en busca de algún alimento. Un común denominador de hambre unía a todos los seres vivos, y, salvo árboles y comerciantes, no he visto cosa robusta en miles de kilómetros.

Los desesperados monos de los templos, por ejemplo, hurgaban las siempre numerosas pero diminutas ofrendas que les abandonaban los fieles. Pero los perros, mis hermanos, al no ser divinizados por ninguna secta sureña y no recibir afecto de aquellas gentes que lo respetaban todo pero que no parecían querer tomarse trabajo por nada,

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

sufrían su peregrinación constante de huesos enfundados en lastimadas pieles, a la espera de la muerte de los más débiles para ser devorados por los demás.

En Occidente he visto la inconsciencia del cazador que mata a las inocentes criaturas de los campos por deporte y, a la vez, cuida a sus animales domésticos exageradamente; jamás pude entenderlo. Pero tampoco el hecho de que en esta parte del mundo se considerase crimen matar una bestia, pero normal el dejarla abandonada a sus enfermedades y a una promiscuidad lacerante para la más mínima sensibilidad.

Pero este fenómeno se extendía también a los seres humanos. Salvo en las comunidades occidentalizadas, el crimen no existía, pero tampoco la asistencia, y se veía morir de fiebre a un anciano con la misma indiferencia con que se miraba el movimiento de los gusanos, aunque con menos curiosidad.

A la religiosidad, en este pueblo, se le debía todo. Lo bueno y lo malo. Un exceso de ritos exteriores había permitido conformarse con las inclemencias del destino y superar condiciones adversas merced a una increíble fuerza espiritual; pero también los había secado para toda beneficencia y para la elevación de un nivel de vida. Al ver las largas caravanas de fieles hambrientos, surgía la pregunta de si sería el hambre la que motivaba sus marchas religiosas o la religión, cuyos preceptos los forzaban a abandonar los bienes de la tierra. Lo más probable, a la luz de la mejor estudiada situación de la Europa en la época de las primeras cruzadas, era que lo uno y lo otro se confundiese en un subconsciente colectivo poderoso. Este pueblo vivía una perpetua “cruzada” de múltiples “jerusalenes”. Y, como en la Europa central del siglo XI, grandeza y pequeñez iban del brazo; heroísmo y rapiña; castidad y sensualismo; drogadictos y sabios; verdaderos iluminados y prestidigitadores: todo se mezclaba sin acabar de completarse ni de excluirse. Una contradicción sin vitalismo, pero sí con un sentido de perpetuidad y continuidad asombrosos.

De cualquier manera, los estudiosos de mi comitiva, que esperaban encontrar con relativa facilidad a quienes les instruyesen sobre las antiguas filosofías y religiones, se llevaron un chasco. Y no porque no existiesen, sino porque estaban de tal suerte mezclados con fanáticos e ignorantes, que –confieso este rasgo de maldad en mí– me divertían sus búsquedas. Tras el esquelético anciano traspasado de espinas y sentado entre cientos de serpientes cobra de yeso, que sus creyentes habían depositado a sus pies, hallaban sólo a un retrasado mental. Y pasaban de largo ante la tienda de un dentista que, aparte de su trabajo, era un expertísimo traductor e intérprete de los textos antiguos, dotado de poderes parapsicológicos y de elevaciones espirituales ejemplares. Pero estos verdaderos sabios –los menos, desdichadamente– no se hacían conocer como tales ni llevaban rimbombantes nombres, tan gratos a los diferentes “gurús” popularizados en Occidente. Se retiraban en secreto, en determinados períodos de sus vidas, a lejanos monasterios, y eran en apariencia las personas más comunes y menos interesadas en lo metafísico.

Con el correr de los días, se me hicieron evidentes dos corrientes que, aunque aparentemente paralelas y aun idénticas, casi no tenían relación entre sí. Una, la formada por supervivencias de los antiguos Misterios y dueña de secretos que, por ser

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

tales, todo comentario al respecto es falso. Otra, constituida por un simple folclore complejísimo y colorido, hereditario y fanático, basado más en posiciones externas que en una real elevación espiritual. Viciada de mecanismo e inercia, agregaba el calificativo de “sagrado” a todo, y sostenía un politeísmo típico de todas las poblaciones rústicas y necesitadas, de todos los países y de todos los tiempos. Santones campesinos caminan sobre carbones encendidos en América, África, Asia, pero en el fondo de sus almas suelen ser tan ateos y amorales como cualquier universitario marxista. Han conservado el secreto de la aplicación de una técnica psicológica –más que técnica, de una “exaltación”–; pero, lo que en un principio fue mero medio de propaganda, hoy es un fin en sí. Lo secundario ha usurpado en ellos lo primordial.

Viéndoles, recordaba una parábola recopilada por Annie Besant en uno de sus libros. La llamó: “Del brahmán, el palo y el gato”. Decía el cuento que, en un remoto principio, un sabio brahmán, conocedor de altas magias, encontró un día su mesa ceremonial, trabajosamente preparada, desordenada por los juegos de su gato. Desde entonces, cada vez que iba a officiar, ataba el animalito a un palo que clavaba en la tierra, a la puerta del templo. Sus discípulos, que le vieron hacer esto, a su muerte, creyéndolo parte del ritual, jamás oficiaban sin atar un gato a un palo. Con el correr de los siglos, como el sacerdocio era difícil y requería una muy especial preparación, se fueron perdiendo sus requisitos fundamentales, pero los lejanos discípulos de aquel brahmán seguían atando un gato a un palo ante cada ceremonia. Cuando todo lo esotérico y difícil se perdió, quedó como única expresión religiosa atar un felino a las puertas del templo.

En fin, que todo secreto no está constituido de conocimiento, sino muchas veces de ignorancia; y que lo que no se dice, muy frecuentemente no responde a esotéricas razones, sino a la muy simple de que no hay qué decir. Existe, ciertamente, un abismo entre las razones del Buda en su menosprecio de la mente y las de la mayor parte de los modernos “gurús”. Aquel la había superado; estos la niegan simplemente porque no alcanzaron a desarrollarla, o desembocaron en un camino sin salida y no se atreven a confesárselo a sí mismos, y menos a los demás. Hay gran distancia entre el rey que se hace mendigo y el mendigo que no puede dejar de serlo; el uno renuncia, el otro se conforma. En el primero es un acto de voluntad; en el segundo, de derrota.

Estas y otras muchas reflexiones recuerdo que florecieron en mí la primera vez que viajé al Oriente. Mi sabio amo me había señalado el camino a seguir allí, y Dios sabe que encontré lo que buscaba; pero hippies y turistas no suelen pasar de lo folclórico y, desgraciadamente, ese folclore, tan simpático a las fotografías, ha convertido ese viejo país en un conglomerado multitudinario de hambrientos y fanáticos que deambulan entre las ruinas de sus maravillosos templos, habiendo perdido la antigua fuerza espiritual, psicológica y física, que le convirtió un día en escenario de un campo de batalla a través de una de las más grandes obras religiosas y filosóficas de todos los tiempos, el Bhagavad Gita, e hizo a sus héroes principales viajar en un carro de guerra.

Pero la milenaria Kriya (guerra) es imaginada hoy como la oposición del viento que sale del orificio nasal izquierdo y del que sale del derecho. Eran otros vientos más

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

fuertes los que soplaban las viejas glorias, los que hicieron Historia y los que proyectaron religiones, artes y ciencias, a través de todo el orbe. La debilidad no es rechazo a la fuerza, sino carencia de ella. Esta es una enseñanza muy antigua.

Pletórico de místico entusiasmo o, por lo menos, de lo que un perro puede sentir al respecto, o sea, una mezcla de amor al amo, de calor de sol y de mordisqueos de hierba, partí del viejo país. Una heterogénea banda de música despidió nuestra nave mientras, recordando los tesoros únicos de arte, filosofía y religión que había contemplado, dejé caer al mar un grueso fajo de folletos que me habían dado ponderando una, más fotografiada que grandiosa, fábrica de aviones de caza, que reproducían, desde luego, un trasnochado modelo supersónico ruso. Sí guardé una corona de flores y hojas sobre las cuales se habían pintado las cruces gamadas de Vishnu y de Shiva, complementándose como el pasado y el futuro; como la flor, recuerdo y promesa de fruto.

Lo que titulo así no es un viaje como los otros.

En verdad, he querido recordar las primeras impresiones que algunos países de la Tierra dejaron en mí, y lo que sus habitantes me inspiraron. Lo cierto es que, luego de estos viajes, realicé muchos otros, algunos a esos mismos lugares, otros a diferentes partes del planeta. Pasé años dictando cátedras, conferencias, asistiendo a congresos e integrando ministerios. Recibí muchos honores y condecoraciones. Sufrí mucho; fracasé en ciertas cosas; y no faltaron en mi camino excelentes compañeros de viaje y tampoco traidores.

Una larga narración de mi vida no tendría sentido, ni para quien me lea, ni para mí. Os dije al empezar que los dos infinitos me habían atraído siempre, y que en este mundo horizontal me había sentido siempre perdido. Y quien está extraviado, mal podría recomendar caminos.

Pero el viaje al que me refiero no es al ras de la tierra, sino a los extremos de ese eje vertical que siempre me atrajo y que es el que me absorbe ahora. Aunque también reconozco que tal verticalidad se da desde nuestro propio horizonte.

No existen dimensiones paralelas, sino tangenciales. De la separación viene la unión, y de esta, nuevas separaciones... y así siempre. Las hojas muertas sirven para alimentar a las raíces, y, con el sacrificio de estas, se hacen hojas nuevas.

Muchas veces, corriendo cuesta abajo por las laderas de un monte, he sufrido la ilusión de que el valle horizontal se alzaba delante de mí. Es difícil lograr en lo importante –que al decir del delicioso personaje de El Principito de Saint-Exupéry, es siempre invisible– ese seguro discernimiento que tiene la burbuja de aire apesada en el líquido de un nivel. O la del agua en un recipiente que, aunque le movamos, conserva siempre la ecuanimidad de su superficie. O la del fuego que, al invertirse la rama encendida, sabe dónde está el cielo.

El fuego y el agua son dos buscadores de verticalidad, en sus dos direcciones. El aire y la tierra procuran su perpendicular horizontalidad. Fuego sobre Aire; Agua sobre Tierra; he aquí las dos cruces generativas de las que nos hablan nuestros viejos tratados de alquimia. Cuando el Fuego traspasa el Aire, y cuando el Agua penetra en la Tierra, hay generación, hay evolución, hay tiempo y hay ser, según lo entendemos. Cuando la Tierra se verticaliza sobre el Agua, y cuando el Aire asciende con el Fuego, entramos en el gozne tangencial de una dimensión diferente, y entonces, hasta los perros nos convertimos en filósofos.

Sentado, con la cabeza algo ladeada y la vista hacia lo alto, he visto los cuerpos rutilantes que apresan las almas de las estrellas, y me he sentido infinitamente pequeño, y, sin embargo, asociado, de misteriosa manera, a ese esplendor gigante.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

He viajado mucho con mi imaginación, en un buque que no es rebautizado en cada puerto, pues tiene siempre el mismo nombre; en un helicóptero intangible que, además de tener perpetua inicial, no precisa agregarse coletillas móviles para trasladarse y ser entendido. Viajé sin querer ser entendido ni entender; viajé queriendo tan solo viajar. La suma de recuerdos del punto configura la línea primera de nuestra conciencia, y el reencuentro con los lugares que otrora pasamos nos cierra las figuras geométricas que apresan la vida, pero que la apresan tan solo para sentir el inefable placer de liberarla una o otra vez. Haced una circunferencia con vuestro dedo sobre la playa; la arena que encierra es la misma que la que la circunda... ¿Hasta dónde habéis cambiado la Naturaleza o la habéis encerrado? El fondo del surco que trazó vuestro dedo está también hecho de arena y, si lo observáis bien, veréis que no existe.

Como perro que soy, pasé mi vida dedicado a la observación ingenua de la Naturaleza. Mis ropajes mentales me son ajenos y tan sólo visten mi ingenua voluntad. Pero es vocación de los perros andar desnudos; siempre me molestaron los ropajes, aunque los reconozco necesarios en la vida horizontal. Jamás sabrá lo que es desnudarse aquel que no estuvo vestido, y eso me diferencia de los demás perros. Tan solo se puede abandonar y liberarse de lo que alguna vez se tuvo. El principio y el fin se unen, pero las innúmeras etapas que les son intermediarias pertenecen a otra dimensión, a la curva dimensión de los desencuentros y la soledad. Si creéis que los egipcios representaban a Anubis con cuerpo humano y cabeza de perro por simples razones totémicas, lo ignoráis todo. Fijaos en sus pies, siempre en actitud de marcha, de viaje, y entenderéis. Luego despojaos del entendimiento.

Siento que mis orejas bajan, que mis ojos se entrecierran y mi cansancio se me convierte en paz. Ya no percibo el teclado de la máquina bajo mis dedos, y una voz muy lejana, que reconozco como la de mi amo, me está llamando desde algún lugar.

Corro a sus pies, a echarme a sus pies como cuando era cachorro. No me atreveré a levantar mi vista hasta sus ojos; simplemente, me echaré a sus pies a dormir, a descansar.

¿Habrá otros caminos? Es seguro que sí, pero de momento, dejadme descansar. Ya no tengo curiosidad por esa caseta negra que se agiganta enfrente de mí. Tantas casas, tantas cosas, tantos paisajes, tantos rostros me eran nuevos y, en un momento, los traté como a viejos conocidos... Todo lo extraño que pueda venir será pronto familiar y cercano. ¡Tantas veces me pasó y tantas veces me ocurrirá lo mismo...!

¡Qué sueño tan grande!

Cuando se os duerma un perro, cuando se os duerma todo lo querido, dejadlo dormir. Con los ojos cerrados hacemos los mejores viajes. Os digo que améis mucho a los perros, a todos los seres, y hasta a vosotros mismos. No os torturéis constantemente y tened piedad del Sueño que crece en vosotros. Es la nostalgia de ese Gran Viaje, el que hacemos con los ojos cerrados.

MÖASSY, EL PERRO
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Yo me voy a mi caseta negra, a echarme a los pies de mi amo. Mas sé que dormiré y eso me conforta. Lameré sus pies antes de dormir. Soy un perro; nada hay más fuerte que el amor a mi amo, ni nada más dulce que enroscarme, muy chiquito, junto a él.

Mi séptimo viaje lo hago con los ojos cerrados. Con los ojos cerrados hacemos los mejores viajes.

